

NO. 4 – JULIO 2026

revista

musa

literaria



revista

musa

literaria

DIRECTORIO

Director y coordinador

Lic. Jorge Alberto Muñoz Santana

Diseño editorial y corrección de estilo

Lic. Anel Romero Quezada

Selección editorial

Lic. Jorge Alberto Muñoz Santana

Contacto

Correo principal: talleresliterarios.js@gmail.com

Instagram de talleres: @inefable_talleres

Instagram de revista: @musaliteraria_revista

Blog: www.musaliteraria.com / www.inefableliterario.com

Más informes: +52 5646645456

revista
musa
literaria

Revista MUSA Literaria, núm. 4, julio 2026, es una publicación semestral editada por su propio equipo editorial, el cual se reserva el derecho de corrección ortotipográfica sobre los textos recibidos. Dichos textos, previamente seleccionados, se publican bajo criterio alfabético según su categoría. Guadalajara, Jalisco, México. Tel. 5646645456. Correo electrónico: talleresliterarios.js@gmail.com. Editor responsable: Jorge Alberto Muñoz Santana. Revista digital gratuita distribuida a través de www.musaliteraria.com. Todos los derechos corresponden al director, editor y autores.

Las opiniones expresadas por los autores en sus obras no necesariamente reflejan la postura de esta publicación; Revista MUSA Literaria tiene por objetivo la divulgación literaria sin fines de lucro. Se prohíbe la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de Revista MUSA Literaria sin autorización previa.

EDITORIAL

Stephen King menciona en su libro *Mientras escribo* que, para escribir las mejores historias, debemos contar la verdad que nos rodea. Una verdad que puede estar presente en tus emociones, en el trato con los demás, en el mundo que te rodea. Con esto en mente, tal vez te preguntes, ¿y dónde entra el terror dentro de la realidad?, ¿por qué se escribe sobre vampiros, hombres lobo, brujas si *estrictamente* no existen? La respuesta es simple: el miedo es real. Porque el terror no solamente habla sobre monstruos, sino que da nombre a emociones conocidas; la ansiedad, la obsesión, la culpa, la soledad o el duelo.

Presentamos el número 4 de la *Revista MUSA Literaria*, una edición llena de relatos que nos transportarán a la realidad que obsesiona a cada uno de los autores y autoras aquí reunidos. Entre las páginas de *MUSA* encontraremos historias plagadas de ansiedad, de pensamientos obsesivos, escritores insomnes, hombres con vasijas que aparecen por las noches y hormigas que trepan a tu cuerpo para obligarte a concentrarte.

Los relatos aquí reunidos nacen principalmente del taller *Creación Literaria: Escribe Terror* y del taller *Escritura Creativa* en su nueva modalidad asíncrona, así como también de quienes se tomaron la libertad de participar en la convocatoria abierta de cuentos y microcuentos. Además, por primera ocasión, en este número encontrarás ilustraciones hechas por mentes creativas que nos recuerdan que las imágenes también se pueden leer.

Bienvenido a la cuarta edición. Déjate llevar por cada una de estas páginas y, mientras lees los relatos, pregúntate: ¿qué de todo esto que se me cuenta es real? Quién sabe, tal vez la próxima ocasión que sientas miedo terminarás escribiendo tu mejor relato.

-Jorge Santana

ÍNDICE

CUENTOS

UN HOGAR QUE SE VUELCA EN PALOMAS NEGRAS	8
AVIHZMO	
VIENE DEL AGUA	11
ALBA TONANTZIN CONTRERAS CORONADO	
CUANDO SEA GRANDE	18
ANA VIANEY CRUZ BARBOSA	
EL INSOMNISTA	22
LUIS RUBÉN FRÍAS MÉNDEZ	
EXCLAMÓ LA PRINCESA	29
AKA TORNAKU	
EL TERCER OJO NO SE CIERRA	34
JUN SUN OH!	
ANIVERSARIO	42
DENISSE PERALTA	
ESPEJO	45
RH MORENO	
NO PUEDO Y NO DEBO DORMIR	50
RUBÉN ROSARIO VICARRO	
EL EVENTO INESPERADO	52
LUIS ÁNGEL SÁENZ PÉREZ	

MARÍA PERALTA.....56

ARLETT FABIOLA SASTRÉ LÓPEZ

EL AMOR ENTRA POR EL ESTÓMAGO63

MAR VILLARREAL

UNGÜENTARIO.....70

REIRI VIRUMA

MICROCuentos

AVIHZMO77

LA MUJER QUE COME SIN HAMBRE

JONATHAN ROMÁN GARCÍA ESPINOZA78

HOMBRE ENGAÑADO

JAULAS

LLORONAS

CUENTO

UN HOGAR QUE SE VUELCA EN PALOMAS NEGRAS

AVIHZMO

A una persona no muy desconocida: mi señorita "A".

¿A caso he olvidado cómo escribir un cuento?
Tal vez he de admitir que los perros enojados gritan trepados en su velero, cuando ven partir del fondo de su corazón a un inmenso barco.

¿Quién chingados es Marco Ruina? Yo lo describiría como un pobre loco sin diablos ni rumbos, un loco enamorado, que una que otra noche le juega al tristón y se pone a balbucear frente al espejo...

—Mi, tu, cu-cuando... ¿a dónde has ido, mujer?

Marco Ruina dice que en la muerte probablemente esté más solo que ahorita. En el café nocturno siempre recuerdo las palabras de una boca rota y miserable:

—Tú no sirves para nada, poeta muerto de hambre.

Yo le pregunto: ¿acaso usted no ha probado unas palabras por la mañana?

Me gustaría morir aventándome a un abismo lleno de flores. Tengo la esperanza de solo un día sentir lo que es ser acariciado por una rosa.

¿Qué importa si las mañanas huelen a cigarro y perro mojado?

Aunque tengo que advertir que no toda mi vida ha sido miseria, duré casi seis meses de una profunda euforia o amorío corto; aún me tiemblan las plumas al escribir, ella dice que me ama... ¿Por qué tienes que irte? Déjame tocar tu piel mojada solo una noche más. Demasiado tarde entendí que los perros mojados no van de la mano con señoritas... Uno de estos días sin rumbo, le escribí:

Y entonces nos adentramos en el juego de la resbaladilla y el niño. Imagino tu cuerpo convertido en un cuento, donde siempre se puede uno resbalar, adentrándose en la

profundidad de un ser. En el tuétano de los días, me doy cuenta de que no te he olvidado y, aun si lo intentara, no lo lograría.

Hacer algo romántico cuesta cuando el corazón se te descose y el alma juguetea hacia tu encuentro oportuno (aunque me escondo de verte). Siempre de los siempre, pensaré en tu cuerpo lleno de marcas, como una cama donde se puede soñar con futuros viajes.

¿Por qué lloro al citarte en una página blanca?

Camino hacia el fin, tomado de la mano de un cigarro; no hay nada más poético que la ciudad de la tristeza en que vivo ahora... Tal vez sea tiempo de inventar una emoción que describa lo que siento sin ti.

Porque un día fui jardinero, hoy soy matador de flores; entierro tu recuerdo, aún vivo y rojo. Tejiendo un suéter de miserias, por si algún día decides volver.

Me dediqué a hacer la lista del súper:

- Dos tomates
- Dos cebollas
- Chiles jalapeños
- Una libreta (refugio de poeta cartonero)
- Un lápiz (para comer ideas)
- Rebanada de pastel (de esas que a ella le gustaba)

Rayo toda la hoja, me enfado, la hago bolita y la mando a la chingada. ¿Por qué pienso en ti para lo común?

Marco Ruina va entre saltitos al supermercado; con una sonrisa torcida, dice:

—Buenas noches.

Marco Ruina lleva una cicatriz desde la comisura de su boca que trepa hasta su ojo, como si esta fuera un caminito que recorre su lágrima izquierda.

Marco Ruina regresa a su casa; su pantalón, convertido en una boca infinita, le esconde las llaves. Busca como buscando al amor...

Resignado, se tira en el batiente de la calle. Hace frío, pero ya no hay frío que pueda conmigo desde que te fuiste. Marco Ruina saca su libreta y escribe:

—Pero créeme, siempre habrá un lugar donde ver tu cara, donde ver tu silueta, un lugar donde posarte como mi diosa. Nunca habrá tanto papel donde puedas habitar.

Entre bocanadas y maldiciones, vuelve finalmente a respirar. Se tira en su mugre...
Mira cómo de su pecho vuelan las PALOMAS NEGRAS del amor.

AVIHZMO: ¿Se ama porque se puede o simplemente es un mandar del pecho?
Aprender es leer, y aprender es lo peor del mundo; entre más sabemos, más sufrimos. El sufrimiento ha sido, en mí, la mejor leña para llorar.

VIENE DEL AGUA

ALBA TONANTZIN CONTRERAS CORONADO

La arena y las piedras más pequeñas de la playa me rozan la piel. Se meten en las heridas de mis piernas y me provocan más cortes de los que ya tengo. Seguramente estoy sangrando, pero no puedo saberlo por el frío que siento. Veo cómo lentamente Khan, el guardián del fuego, se aleja. Pronto estaremos en donde Sadduh reina. No tengo fuerzas para levantarme. Nadie escapa a sus brazos y la mano que me arrastra hacia él me lleva lentamente.

Muchas lunas atrás...

Jamás escuché de otros clanes, ni supe de ellos, pero sé que existen. La vieja Mila, que todo lo sabe porque todo lo ha visto, siempre dice que hay muchas más cosas de las que podemos ver y aun comprender en nosotros mismos que en aquellas que están más allá de Khan y Sadduh. No hay razón para pensar que aquí en el clan, como en otros, no existan el mal y el bien. Lo sé, aunque nunca nada me haya hecho daño ni haya visto otro clan.

Esta noche en la cueva de Khan, donde el fuego baila más que en otras, la vieja Mila nos dará nuestros talentos. El fuego multiplica las almas que escuchan y esperan su palabra.

—¡Somos más, somos fuertes, somos sangre, somos agua! ¡Nos protegen Khan en el fuego y Sadduh en el río! ¡Ahora! ¡Vengan por su talento! —grita la vieja Mila cuando todas las sombras que crea el fuego superan a las estrellas que vemos cada noche en el cielo.

Cuando las sombras se acercan a devorarlo, la vieja Mila lanza unas cenizas que lo apagan. Todos, sombras y nuevos talentos, nos lanzamos hacia allí para conocer nuestro destino, el que late en la roca que tomemos. Si aún tiene calor todo estará bien.

La vieja Mila y el conejo cuentan que, si las sombras de Sadduh logran ahogar el fuego, la ceremonia debe repetirse. Otros dicen que anuncia el final del clan y algunos más que eso nunca ha pasado.

Cuando se hace volver al fuego, veo que Tsack, TÜR, Dim y yo tenemos rocas del mismo color.

—¡Cazadores! —dice la vieja Mila. Miro al clan, al concejo, a las sombras que están aquí esta noche. Junto a mí, Dim me muestra que tiene otra roca, más pequeña y oscura que las otras. Me guiña un ojo y después recibimos las palabras de la vieja Mila que nos unen hasta el fin del mundo a nuestros talentos.

Pronto, ser cazador me gustó más que ninguna otra cosa. Tuve conmigo el favor de Khan, todo sobre la tierra era mío.

Al principio cazábamos lo que fuera, mientras más grande y agresivo mejor. No toda la carne se conseguía de la misma manera, ni sabía igual, así que conocí muchas formas de matar. Siempre me gustó sentir la sangre caliente bañando mis manos alrededor de una garganta recién cortada. Me siento más fuerte cuando cubro mi cabello con ella. Su olor salado, su sabor a hierro es un hechizo para mí. Quizás no me importa tanto la carne, lo que me alimenta es la sangre.

—No era para ti, no estabas unido a ello, Kushim. No podías ver. —Dim sabe cuánto me gusta ser cazador, pero sospecha que no es mi talento. No sé por qué lo dice si, a pesar de todo, de la niebla, traigo más carne que nadie al clan. Carne real. Quizás solo Tsack, aunque no me gusta decirlo, trae más comida que yo, pero solo si también contamos aquello que viene del agua donde Sadduh reina.

Antes de que pueda hablar sobre mi talento, Dim camina en dirección al río y desaparece en él. No entiendo por qué visita tanto al agua, nada que venga de ella puede ser bueno. Miro los trazos que dejó Dim en la arena. Fuego, espirales, estrellas y plantas. También hay hombres y parece que hay una sombra que camina en el agua.

El sol avanza en el cielo, la luz es menor y hay que poner la carne al fuego.

Después de cazar toca cocer la carne. Sin fuego no puede hacerse. Si Khan no la toca, aunque sea un poco, terminas loco. Le pasó a Dim hace muchas lunas, tantas que aún no éramos hombres. Por esos días su cuerpo se sacudía violento y también tuvo visiones. Ni la vieja Mila, que todo lo sabe porque todo lo ha visto, pudo decirle al concejo de qué se trataba.

Cuando Dim por fin estuvo bien, fui a verlo para que me hablara sobre sus visiones. No quiso contarme. Decía que no tenían sentido. Nunca creyó en ellas ni en la vieja Mila. Comenzó a pasar tiempo solo. Después de las visiones, trazaba donde fuera todo lo que lo rodeaba,

siempre llevaba una vara larga o un trozo de madera quemado por el fuego de la noche anterior para hacerlo.

Dim sale del río y noto que trae carne a la playa, carne del agua. Solo algunos, como él o Tsack, tienen el favor de Sadduh para atrapar lo que vive allí. Pone su tesoro viscoso junto a la carne que traje al clan y se va por más. Aunque sea del agua es alimento y, aunque no me guste, la acepto. El clan no desperdicia ninguno de los regalos que los guardianes le dan.

Pienso en los trazos de Dim. Siempre son parecidos porque muestran lo que ve a lo largo del día, pero la sombra que camina en el agua no es usual. Seamos hijos de Khan o Sadduh nadie en el clan puede hacerlo. Somos hombres, no carne del agua.

Sé que Sadduh está llamándome, pero no creo que Dim haya dibujado esa sombra para asustarme. Mientras pienso, tejo un mechón de mi cabello. En esta misma playa el guardián del río por poco me toma y aquí también fue dónde Khan se lo impidió. Pertenezco al fuego y a la tierra. Dejo de trenzar para frotar mi talento y sentir los tímidos latidos del fuego que poseo.

Llega la hora de las sombras largas y no me gusta estar lejos del fuego cuando oscurece. Me llevo la carne conmigo para cocerla. Bajo una roca grande le dejo a Dim la pequeña roca oscura que robó cuando recibimos nuestros talentos, está entretejida con el mechón de mi cabello.

* * *

Dim no era el único trazador; en todo el clan quizás solo la vieja Mila era mejor que él. Trazaba todo lo que conocía, todo cuanto estuviera frente a ella.

Todos en el clan nacen bajo el favor de uno de nuestros guardianes: Khan o Sadduh. La vieja Mila conoce bien el idioma con el que le piden uno o más hijos. Hablan a través del fuego y de la lluvia.

Cuando nací todo indicaba que Sadduh me reclamaba, pues durante mis primeros tres días de vida llovió abundantemente y el río casi se desborda, cuando no quedaba más opción que entregarme al agua y dejarme morir en la oscuridad, una luz muy blanca bajó del cielo, iluminó todo y provocó un gran fuego, la lluvia paró. Khan esperó hasta el último momento para cobijarme, escapé apenas del río, pero sabía que Sadduh estaría esperándome, los guardianes son celosos y siempre obtienen lo que desean.

No era adecuado, pero por mi origen siempre rechacé al agua y crecí creyendo que nada bueno podía venir de ella. La vieja Mila dijo que debía aprender primero a aceptarla porque puede hablarme sobre mí mismo, pero también me tocaba respetarla, pues Sadduh, que vive en ella, tiene el poder tanto para dar vida como para quitarla. Pienso que nada debería tener tanto poder. Nunca supe cómo confiar en las palabras de Mila, ni por qué hacer caso de lo que decía Dim sobre mi talento, así que Sadduh se encargó de mostrarme la verdad.

Todo cazador, no importa de qué clase, debe ser muy bueno en algo: conocer a la presa, planear la caza, recordar las rutas, afilar una lanza, tejer cuerdas, fabricar flechas, cualquier cosa, pero tiene prohibido distraerse. Cuando lo hace se pone en peligro a sí mismo y a quienes están con él.

No se caza a todas horas. Cazas según la carne que quieras tener. De noche las presas son más rápidas, debes ser más listo que ellas. Mejor que ellas. Y hace lunas no soy así. Tuve que dejar de cazar, primero por las noches y después para siempre.

Ocurrió en el río. Ya había cazado un poco y el concejo dijo que estaba listo. Debía mostrarme digno de mi talento, dejar de ser un muchacho para convertirme en hombre. El sol ya estaba por irse, nuestras sombras comenzaban a alargarse. Tsack nos guiaba. Llevábamos varias lunas esperando por esta fiera.

La rodeamos en silencio cuando se acercó al río. Pertenecía al reino de Khan y si escapaba con Sadduh, solo se ahogaría. TÜR y Dim ya la habían observado y esta vez la venceríamos. Éramos varios cazadores acechándola. A lo lejos, en las lomas, había algunos arqueros que también le apuntaban.

Cuando el viento comenzó a silbar supimos que debíamos atacar. La fiera recibió algunos disparos y se asustó. Pronto todo era caos. Las flechas no dejaban de caer desde el cielo. Nuestras sombras desaparecieron y todos, incluso la fiera, nos volvimos invisibles. Comenzó a llover y las piedras frías bajo mis pies se hicieron resbalosas.

Los cazadores y la fiera estábamos dentro de la misma trampa resbaladiza, fría y mortal. En medio de la noche, una luz que vino del centro del cielo iluminó todo y nos dejó ver lo que pasaba. La sangre de algunos cazadores volvía al río y la fiera ya no estaba sola, había más como ella.

Las luces que venían del cielo hacían que la tierra rugiera y callara todos los sonidos de la playa. De pronto una luz más brillante que todas las demás pintó de blanco todo lo que existía.

Después sentí un dolor muy intenso en un ojo y luego el peso muerto de la fiera me lanzó contra las rocas.

No podía quitarme su cuerpo de encima, pero quería terminar con el dolor. Como pude usé mis manos. Encontré una flecha en mi cara y la jalé. Grité descarnado y sentí mi sangre espesa inundar mi nariz y mi boca. Olía el lodo revuelto con sangre.

Mi ojo estaba ensartado en la flecha que tenía en la mano. El cuerpo pesado y sucio de la fiera me retenía contra las rocas. No supe qué pasó después de eso.

* * *

En todo el clan fui el único cazador que perdió su talento. Esperaba reponerme y volver a cazar, pero cuando en mi rostro apareció un tejido blancuzco y suave en donde alguna vez tuve el ojo, el conejo no tardó en quebrar mi talento. Me quedé sin nada. Desde que no estoy completo perdí el derecho a saber todo lo que sucede en el clan.

No dejo de repetirme que nada de lo que suceda en el reino de Sadduh puede ser bueno. Cuando perdí mi ojo llovía, esa noche estuve en el río. Mi reflejo me da asco al ver que soy mitad hombre, mitad vacío. ¿Acaso Khan me había abandonado?

Cuando dejé de ser cazador Dim también quiso retirarse, pero el conejo no lo dejó. Yo me volví cuidador. Matar y conseguir carne fresca ya no eran mis tareas, pero mantener vivos a los miembros de mi rebaño sí. A veces Dim pasa las tardes conmigo. Me enseña a ser un buen cuidador, pero aún extraño cazar. Me pregunto si robar otro talento, como hizo él esa noche lejana, me habría protegido.

* * *

Los días de Sadduh no tardaron en llegar y por muchas lunas seguidas no paró de exigir hijos e hijas a la vieja Mila. Todos los bebés del clan fueron abandonados en la noche a orillas del río y temí que Khan hubiera dejado de favorecernos. Cuando no hubo más niños que ahogar, comenzamos a cumplir las demandas del guardián con el rebaño. Los cazadores se ausentaron y sin carne, rebaño, ni niños el hambre no tardó en llegar.

Fueron días de lluvia sin fin, noches en las que Khan no nos cobijó. Incluso el sol dejó de aparecer. “El río va a desbordarse” sentenció la vieja Mila. “El alimento no es suficiente, algo que

le falta a Sadduh". Me resisto a creerle y comienzo a pensar en otros clanes, más allá de donde la protección de los guardianes del fuego y el agua abarca.

Esta luna...

Jamás escuché de otros clanes, ni supe de ellos, pero sé que existen. La vieja Mila, que todo lo sabe porque todo lo ha visto, siempre dice que hay muchas más cosas de las que podemos ver y aun comprender en nosotros mismos que en aquellas que están más allá de Khan y Sadduh. No hay razón para pensar que aquí en el clan, como en otros, no existan el mal y el bien. Lo sé porque tuerto como soy he sufrido y quiero llegar más allá de la vista de los guardianes que hasta hoy me han cuidado.

Sadduh nos castiga con todo su poder, es cuestión de tiempo para que inunde la cueva en la que Khan nos ha dado quizá el último calor que recibamos de su mano. Si la vieja Mila hablaba hace unos días de mí, debo dejar atrás al clan y esconderme en un sitio donde Sadduh no pueda encontrarme y con suerte uno en donde Khan vuelva a protegerme. No puedo hacer más por el clan.

Cuando me decido a salir me encuentro a los cazadores, sólo algunos volvieron. Me alegra ver que Dim está con ellos, quizá esta sea la última vez que lo vea. No hablamos, pero veo que lleva en su mano la banda que tejí con mi cabello, la que tiene su talento robado.

El resto del clan sale a recibir a los cazadores. Volvieron a casa sin carne, sin el favor de ningún guardián, pero dispuestos a devolverles la vida que con sus gracias pudieron tener hasta ahora. Debería quedarme con ellos, pero temo a la ira del río. Tuerto, sin talento y sin favores no tengo nada que pueda salvarme.

Recibo la mirada de Dim en mi único ojo y me pide que me quede, me comprende, pero me pide que espere. Mis mañanas carecen de rumbo, poco importa que me quede en casa una noche más.

* * *

Sadduh se retira, la lluvia cesa y aunque Khan no ha vuelto, por fin mi pueblo siente calma. Me gustaría sentirla también, pero las cuerdas que me atan no me dejan sentirla.

La arena y las piedras más pequeñas de la playa me rozan la piel. Se meten en las heridas que las cuerdas hicieron en mis piernas y me provocan más cortes de los que ya tengo. Seguramente estoy sangrando, pero no puedo saberlo por el frío que siento. Veo cómo lentamente Khan, el guardián del fuego se aleja, pronto estaremos en donde Sadduh reina. No puedo levantarme. Nadie escapa a sus brazos y la mano que me arrastra hacia él me lleva lentamente.

Reconozco en la mano que me lleva una banda, está hecha con mi cabello y lleva entretejido el talento que Dim robó la noche en que la vieja Mila nos declaró cazadores. Dim me arrastra hacia el río. No podré conocer lo que existe más allá de mis guardianes.

Antes Khan esperó hasta el último momento para cobijarme, escapé apenas del río, pero sabía que Sadduh estaría esperándome, los guardianes son celosos y siempre obtienen lo que desean.

Cuando lo comprendo me sacudo violentamente y las rocas de la playa sólo me lastiman más. Los cazadores me ataron bien, y por más que me resisto y batallo Dim no deja de arrastrarme hacia el río. Grito e intento arrancarle el talento robado para salvarme, pero es inútil.

Siento las primeras olas de agua fría en mi cadera, siento trepar el agua por mi cuerpo, me aprisiona y me hunde, aunque apenas hayamos entrado al agua. Las cuerdas no me dejan moverme y sé que me ahogaré pronto. Dim suelta mi mano y me empuja río adentro. Una fuerza que nunca había sentido me jala bajo el agua y me ahoga. El frío del agua me entume y pronto ya no siento nada.

Antes de desaparecer veo a Dim, tiene una mirada triste. No trata de ayudarme. Lo veo romper la banda, me arroja su talento y con mi mano libre trato de agarrarlo, aún quiero salvarme, pero los planes de Sadduh son otros.

ALBA CONTRERAS: 31 años aún. Nació en Tijuana, pero ha pasado toda su vida en CDMX, le agrada viajar, ver el mar y consumir buenas historias. Estudió Ciencias de la Comunicación y trata de reconciliarse con su pasión por la escritura. Le apasionan los temas paranormales y la animación. Trata de descubrir a qué quiere dedicarse en esta vida, en las siguientes lo resolverá a su tiempo.

CUANDO SEA GRANDE

ANA VIANEY CRUZ BARBOSA

Lía tenía cuatro años cuando aprendió a hacer garabatos en las hojas de papel. Con el paso del tiempo, esos garabatos se transformaron en dibujos que representaban el mundo; y a los seis años, cuando aprendió a escribir, todos sus dibujos contaban una historia.

Lía estaba en tercero de primaria cuando la maestra les pidió que hicieran un dibujo sobre lo que veían diariamente a su alrededor. Después les dijo que usaran su imaginación para describir todo lo que les gustaría ver en el futuro; así como carros voladores o que las gotas de lluvia sí fueran de chocolate. Cuando terminaron la actividad, la maestra les contó una historia de sus antepasados.

Había un lugar llamado Cuando sea Grande donde, sin ninguna explicación, todas las infancias desaparecían sin dejar rastro del pasado. Ante esta situación, las niñas al cumplir ocho años debían escribir una carta que incluyera un dibujo de su visión del mundo en el presente y donde describieran, también, todas las posibilidades de cómo sería en el futuro. Después guardaban las cartas en una cápsula del tiempo —que escondían como un tesoro bajo la tierra en el patio de la escuela— con la promesa de encontrarlas al ser mayores de edad. Con el paso del tiempo las personas comenzaron a olvidar la promesa y las cartas se convirtieron en un tesoro escondido que esperaba ser encontrado.

Llegó el momento en el que Lía y sus compañeras guardaron sus cartas en la cápsula del tiempo y cada una eligió un lugar distinto en el dicho patio para esconder el tesoro. Lía pensó que sería buena idea colocarlo donde fuera más fácil de encontrar, así que lo enterró en medio de los dos pinos más altos del jardín. La maestra se percató de lo que hizo, por lo que decidió contarle a Lía un secreto. Le contó que la escuela donde ella estudió la primaria había sido derribada para construir un nuevo edificio, y aunque por muchos años se dedicó a buscar su carta, había perdido la esperanza de encontrarla. Un día antes de cumplir dieciocho años, la maestra recibió una llamada urgente. Le dijeron que debía ir a un lugar llamado Cuando sea

Grande. Su cápsula del tiempo había sido encontrada. La maestra terminó de hablar y, al final, tuvo miedo de confesarle a Lía el verdadero secreto.

Lía llegó a casa, decidió contarle a su mamá la historia y preguntarle sobre su carta. Tenía mucha curiosidad de saber si ella la había encontrado después de tantos años. Al escuchar la pregunta, su mamá se sintió muy confundida. Pensó que la maestra les había contado un cuento que había inventado, entonces le dijo que la historia no era real. Lía le contestó que sí, porque ella misma había escondido su carta debajo de la tierra. Al darse cuenta de que su mamá no le creyó, se le ocurrió que su abuela sí lo haría.

Un día, junto con su familia, fueron a visitarla. Su abuela tenía 83 años y tenía una enfermedad que le estaba borrando la memoria. Cuando le preguntó sobre la carta su abuela la miró con una sonrisa y solo le contestó con tres palabras: Cuando sea Grande. Su abuela fue capaz de recordar un poco a pesar de su enfermedad. Ella vivió en aquel lugar cuando era joven y su generación no tuvo oportunidad de conocer las cápsulas del tiempo, así que fue una de las miles de personas que olvidaron todos los recuerdos de su infancia. Lía siguió visitando a su abuela y, con la intención de ayudarla a recordar, le contaba la historia de las cápsulas del tiempo. Tuvo suerte cuando, por un breve momento, su abuela pudo recordar algo más. Le contó que Amanda había enterrado su carta debajo de la tierra: Amanda era la mamá de Lía. Esto le pareció imposible, puesto que su mamá había dicho que la historia no era real.

Pasaron los años y Lía estaba en su último año de primaria cuando la maestra decidió contarle el verdadero secreto. Había un lugar en el mundo donde las personas vivían sin esperanza. Hubo una vez en que todos los habitantes comenzaron a escuchar una frase que se repetía mucho en los salones de clase: “cuando sea grande”. Los habitantes creyeron que pensar en el futuro era una manera de devolver la esperanza a las próximas generaciones. Por esa razón decidieron nombrar a aquel lugar Cuando sea Grande.

Con el paso del tiempo, las infancias comenzaron a desaparecer: las personas mayores de edad olvidaron todos los recuerdos de su infancia como consecuencia de pensar demasiado en el futuro. Ante esta situación, los habitantes de aquel lugar buscaron la forma de recuperar todos esos recuerdos de la niñez. En ese momento era imposible crear una máquina del tiempo para volver al pasado, fue por eso que una mente brillante inventó la cápsula del tiempo. No había manera de recuperar los recuerdos de sus antepasados, pero sí podían preservar los de las próximas generaciones a través de las cartas. En esos dibujos y en esas letras quedaba una huella del presente que conectaba con el pasado y el futuro.

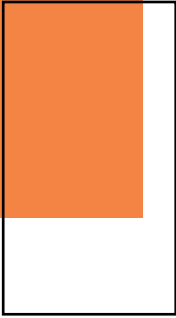
La promesa de encontrarla al ser mayores de edad debía de cumplirse, porque aquellas personas que no encontraran su cápsula del tiempo olvidarían para siempre todos los recuerdos. Ese era el verdadero secreto.

Lía comprendió la razón por la que su mamá no recordaba nada y desde ese momento sintió miedo de que a ella le pasara lo mismo. Entró a la secundaria sin olvidar aquella promesa. Lía descubrió que tenía mucho talento para dibujar y escribir, así que utilizó sus capacidades para advertir a su generación sobre las consecuencias de no encontrar sus cápsulas del tiempo. Un día tuvo la oportunidad de participar en un concurso de cuentos y contó la historia de aquel lugar llamado Cuando sea Grande. Obtuvo el primer lugar.

Estaba en su último año de secundaria cuando cumplió quince años, faltaba poco para ser mayor de edad. En su grupo de amigas era muy común que Lía mencionara las cápsulas del tiempo, hasta que un día, decidieron hablar con ella. Pensaban que aquella carta que escribieron en la primaria era un recuerdo maravilloso, pero habían pasado tantos años que la historia ya no les parecía real. A los ocho años tenían mucha imaginación y podían creer cualquier historia que les contaran. La motivaron a que se enfocara en el examen de admisión a la preparatoria y que guardara el recuerdo de las cápsulas del tiempo en su corazón. Lía se sintió muy desanimada.

Volvió a visitar a su abuela; al menos de su parte sentía un poco de comprensión. Su abuela había cumplido noventa años, su enfermedad le borró completamente la memoria. Cuando Lía llegó a la casa, la abuela no reconoció quién era ni recordó su nombre. Su abuela ya no podría ayudarla. A pesar de la insistencia que tuvo con su mamá sobre el tema de la carta, no logró convencerla de que la historia era real. Lía estaba segura de que había una razón por la que todas las infancias de las generaciones pasadas habían desaparecido, pero lamentablemente nadie le creyó.

Ante esta situación, Lía decidió dejar todo en el pasado. Sus amigas le recomendaron guardar aquel recuerdo en su corazón y así lo hizo. Entró a la preparatoria y las cápsulas del tiempo fueron un tema del que jamás volvió a hablar. Se enfocó en dibujar y escribir. Todas sus historias incluían personajes pequeños que querían ser grandes. Lía se dio cuenta de que ella siempre había sido diferente a los demás. Mientras todas sus compañeras pensaban en crecer para ser doctoras y maestras, ella era feliz cuando volvía a casa para dibujar y escribir. La idea de crecer siempre le dio miedo y pensar en el futuro le asustaba porque, mientras todos hablaban del fin del mundo, ella solo pensaba en abrazar a su mamá hasta que sus brazos se cansaran.



Lía había llegado a un punto de su vida en el que debía dejar atrás el pasado para comenzar a crecer, sin embargo, no estaba lista. De alguna manera quería llevar con ella, para siempre, una parte de él. Frecuentaba aquellos lugares donde fue feliz. Era una manera en la que se sentía inspirada para seguir dibujando y escribiendo. Un día se sintió muy motivada por visitar escuelas donde pudiera interactuar con niñas pequeñas para crear nuevos personajes, hasta que ocurrió algo inesperado. Faltaban pocos días para que Lía cumpliera dieciocho años cuando visitó una escuela que le pareció conocida. Se dio cuenta de que era la escuela donde había estudiado la primaria. En ese momento recordó la historia que su maestra le contó, así que corrió rápidamente en busca de la cápsula del tiempo.

Desde lejos pudo observar los dos pinos más altos del jardín. La encontró justo donde la había escondido. Lía estaba sudando y sus manos temblaban. Al abrir la cápsula del tiempo sacó la carta que estaba dentro y la leyó. Una sonrisa apareció en su rostro al ver sus dibujos, aunque miró con extrañeza su propia letra. Escribía unas vocales más grandes que otras y no separaba las palabras. Esas eran las pequeñas huellas de su infancia. Al terminar de leer la descripción del futuro se dio cuenta de que veía a su alrededor todo lo que había imaginado: muchos árboles, mariposas, flores de muchos colores e infancias felices jugando con miles de juguetes. Lía estaba en el lugar correcto. Volvió a casa y solo tenía una manera de comprobar que aquella historia era real. Al día siguiente de cumplir dieciocho años Lía recordaba perfectamente todos y cada uno de los recuerdos de su infancia. Afortunadamente, en el calendario, ella era la primera de su generación en cumplir años, así que su misión fue llamar a sus compañeras para que encontraran sus cápsulas del tiempo. Y así fue.

La mamá de Lía se percató de esto y se conmovió tanto que las lágrimas cayeron de sus ojos al saber la razón por la que había olvidado los recuerdos de su niñez. Lía sabía que no podía recuperar las memorias de su abuela y de su mamá, no obstante, tenía los medios para preservar los recuerdos que iban construyendo juntas. Las infancias dejaron de desaparecer cuando encontraron en los dibujos y en las letras un refugio eterno al que podían volver siempre. Al final descubrieron que el verdadero tesoro estaba escondido debajo de la tierra y en lo más profundo de los corazones.

EL INSOMNISTA

LUIS RUBÉN FRÍAS MÉNDEZ

“U”lises Ruiz Falcon”, es lo que escucho momentos antes de pisar el escenario. El sonido familiar de mi propio nombre, pronunciado triunfalmente en voz alta antes de entregarme un premio, nunca para de emocionarme. En esta ocasión es por la categoría de “Novela innovadora del año”, todo gracias a una idea que tuve mientras dormía para abordar viajes en el tiempo en mi libro más reciente: *Cena en tres tiempos*. Mientras doy mi discurso, el sentimiento es opacado solamente por la sensación de que no ganaré por “Mejor novela del año”, siempre me nominan, pero jamás lo consigo. La próxima vez será mi momento, solo necesito una de esas ideas que siempre llegan a mi cuando me sumerjo en la profundidad de las almohadas...

“¿Cómo lo haces?”, me pregunta el anfitrión de un podcast pretencioso para pseudointelectuales al que solo accedí a presentarme porque sucede que el tío de este sujeto es un juez importante en premiaciones literarias. “Debe ser difícil inventar tramas tan complejas y conceptos tan atrapantes, cada libro es increíble”, lo dejo halagarme, se ha ganado una respuesta sincera y estoy seguro de que quiere escucharme con el ego inflado.

—De hecho, no es nada difícil, literalmente lo hago dormido. Cada mañana despierto con una idea nueva y fresca sin la necesidad de romperme la cabeza o desvelarme porque se acerca la fecha límite del editor. Pero si lo que quieres es un consejo, entonces te diré que hablar en voz alta mientras escribo me ayuda a pensar, es casi como tener otra perspectiva. —Le hablo con una sonrisa egocéntrica, de esas que apenas se notan, pero que son inconfundibles señas de un presumido. Conozco algunas personas que odiarán lo primero de lo que acabo de decir, y puedo ver la cara de este muchacho iluminándose por la idea de una posible polémica. He decidido que lo dejaré preguntar una cosa más por entretenerme de este modo—: ¿Otra pregunta?

—Por supuesto. —Lo veo ojeando sus papeles hasta que se le abren los ojos como platos, una pregunta arriesgada ¿quizá?—: ¿Puede decirnos qué tiene en mente para su próximo libro? —No sé si le gustará la respuesta que estoy a punto de darle.

—Todavía no tengo nada planeado, pero mañana por la mañana podría ser el inicio de una nueva etapa en mi carrera...

* * *

—Ulises, ¿qué sucede? Hace días no contestas ni los mensajes, necesito saber de ti ya, de lo contrario no podremos firmar con la editorial. Espero tus avances a más tardar en dos días. No es normal en ti el atraso con las fechas límites. —Es el tercer mensaje grabado en mi teléfono, no puedo decirle al editor que no tengo ni la primera hoja y definitivamente no puedo decirle que ni siquiera tengo un concepto claro de lo que haré.

¿Ya lavaste la ropa? es lo primero que escucho en mi mente cuando intento pensar en una idea, no importa que haya lavado la ropa hace horas, y si lo intento mientras lavo la ropa entonces pienso *¿Qué voy a comer mañana?* Casi parece que puedo escuchar mi propia voz haciendo esas preguntas estúpidas.

En el baño me empeño por prepararme para iniciar el día, pero no puedo dejar de mirar las ojeras y los parpados medio cerrados que se han formado en mi rostro producto de las noches que he pasado intentando inútilmente escribir, aunque sea una sola palabra. Me da asco mirarme al espejo y hago lo posible por no ver mi reflejo, se siente como ver a un extraño.

En la cocina me siento más reconfortado teniendo ese retrato de 70×100 que mande a hacer hace unos años, al menos aquí puedo admirar mi rostro a como lo conozco: sin ojeras, ojos bien abiertos, el sujeto en el cuadro sí cumple con su horario, sí se duerme a las diez de la noche, sí escribe constantemente, no como yo ahora mismo. Poco a poco he ido perdiendo la sintonía con el horario pegado al refrigerador: levantarme a las seis, desayunar a las ocho, ir a trotar a las nueve, y el resto del día enfocado en escribir mis novelas, con tiempo para la comida a las cuatro de la tarde y espacio para la cena a las ocho. Siempre procuro haber escrito algo antes de dormir, pero esa rutina y la falta de palabras me han hecho imposible conciliar el sueño. Cuando me acuesto para dormir me siento intranquilo, ansioso, insomne. La sensación es tan invasiva que he preferido no dormir por intentar escribir. Incluso he movido la cama al estudio para desplomarme ahí cuando siento que mi cuerpo ya no soporta el cansancio, pero cada mañana me siento más drenado que el día anterior, como si mi cuerpo no descansara por las noches...

Mi sospecha se confirma, hoy tampoco podré dormir. Ya son las tres de la mañana y sigo sentado frente a mis hojas de papel. ¿Será eso? ¿Será que tengo que comenzar a escribir en digital? Ciertamente sería más conveniente, pero la sensación del papel grueso en mis manos junto a su rigidez y aspereza cuando me apoyo sobre él se ha vuelto adictiva. El peso específico

de mi lápiz especial, esos que solo hacen por encargo, me recuerda por qué jamás escribo directamente en digital. Solo paso a limpio ahí, jamás creo algo sobre el lienzo cristalino de una pantalla, sería casi tan frío como la soledad aquí en mi apartamento, para mí sería hasta deshumanizante.

No tengo idea en qué momento o por qué razón compré un espejo gigante para esta habitación y no puedo quitarlo porque es demasiado pesado y me da miedo romperlo, pero tener que verme todos los días en el baño ya es suficiente. Me resigné a solo cubrirlo con una de las sábanas de la cama, en realidad es matar dos pájaros de un tiro porque a parte del asco que siento por mi apariencia actual, la verdad es que últimamente, por más estúpido que sea, me siento observado por mi reflejo.

Llevo horas aquí sentado al borde de las páginas, todas como abandonadas, en blanco. Hago el esfuerzo por concebir la más mínima palabra tan solo para tener algo, pero ni siquiera puedo decidirme por qué palabra escribir. Siempre temí este día, cuando mi mente dejara de producir ideas y me volviera inútil en la única cosa en la que he sido realmente bueno, pero pensé que eso me pasaría más tarde en la vida, cuando estuviera seguro de que pasaría a la historia como Kafka o Poe... Seguro a ellos no les pesaban los parpados por escribir a estas horas, o a diferencia de mi ellos sí tenían la energía de caminar hasta la cama en vez de permitir que el sueño los derrote encima de las páginas, quizá solo necesito descansar los ojos unos minutos...

Súbitamente me despierta el sonido de una llamada en mi celular al borde del escritorio, es el editor y por la hora probablemente demandará saber sobre mi progreso. Me cuesta creer que me estoy despertando a la una de la tarde, pero no tengo tiempo de hacer nada, es más importante responder la llamada y admitir la realidad, tal vez la editorial quiera darnos una extensión de tiempo por mi reputación.

—¿Bueno? —digo rápido, corto y algo bajo, mi voz sale como la de un niño regañado.

—Hola, Ulises, oye...

—Lo sé, Gabriel, sobre el avance que me pediste para la editorial, la verdad es que...

—Sí, te llamaba por eso... Les encantó, Ulises. Amaron las 15 páginas que mandaste. Al inicio pensé que sería poco para el tiempo que tardaste, pero era mejor presentarles algo que no presentarles nada, por la hora ni siquiera me dio tiempo a leerlo antes y tuve que confiar ciegamente para que ellos tuvieran algo a primera hora de la mañana, pero están maravillados, no es como nada que hayas escrito antes, si es eso por lo que tardaste ahora lo entiendo.

No comprendo de lo que habla, hasta parece una broma de mal gusto tras todo lo que he pasado en las últimas semanas, pero al bajar la mirada me encuentro con varias páginas llenas, cosa que me provoca soltar el celular mientras escucho al editor hablando a un volumen ahora indescifrable desde el suelo, estoy más absorto observando lo que está frente a mí y la nota a un lado.

“De nada”, es lo que dice una nota amarilla en la esquina de la primera página. El desconcierto provocado por la nota es minimizado por el que viene de las páginas pues nunca en la vida había leído algo así, mucho menos había pensado que un trabajo con esta calidad podía ser de mi autoría. Como si alguien hubiese olvidado estas páginas aquí, siento ganas de encontrar el resto, quiero leer más; sabiendo que esto es de mi autoría quiero escribir más de esto, pero sigo sin ideas, aun teniendo este material delante mío me siento incapaz de continuarlo sin arruinarlo irremediablemente, creo que cualquier palabra que escriba disminuirá la calidad actual considerablemente. ¿Habré escrito sonámbulo?, ¿Es eso posible?... Quizá si hoy me duermo temprano finalmente descanse e incluso tenga más páginas al despertar, sería un sueño hecho realidad.

Al despertar del día siguiente no encuentro nada, solo la falta de ideas que me atormenta... El resto de mi día se siente vacío e insatisfactorio. Quizá tomé el enfoque equivocado, tal vez necesito replicar lo de esa noche, en vez de solo dormir puede que necesite caer noqueado por el sueño una vez más, no creo que baste con solo dormir en la madrugada.

A lo largo del día recorro a distintos medios para mantenerme despierto ya que realmente dormí pocas horas, el amargo café en la mañana, dulces bebidas energéticas mientras veo la televisión por la tarde, comida picante en el almuerzo, pastel para la cena, música energética en la madrugada. Todo para llegar una vez más a este punto en el que el más mínimo parpadeo podría provocar una noche de sueño completo. ¿Habría sido este el secreto de otros grandes autores?, ¿O podría ser que ya he enloquecido? Lentamente mis parpados pelean contra mis esfuerzos de mantener los ojos abiertos, no sé si esto funcionará por la mañana y me pone nervioso pensar que no, lo cual hace que tenga menos ganas de dormir porque no sé qué tan profundo en la madrugada debería estar, pero qué tal si eso no importa...

Están aquí. Una vez despierto y drenado de energías puedo notar nuevas páginas sobre el escritorio, páginas llenas, ilustres, perfectas. Igual que la última vez hay una nota en una de las esquinas, esta vez dice "¿Te gusta lo que ves?".

Con esta nueva parte ya tengo el prólogo completo y parte del primer capítulo. El personaje principal es entrañable, sus motivaciones son claras y la fluidez de la historia es

incomparable. Necesito más. Una vez que tenga el libro completo confío en que esto será suficiente para retirarme y vivir de lo que me genere. No creo poder superar jamás lo que esto sea, la historia aún no tiene título y aun así funciona perfecta. Todo lo que intente publicar después de esto parecerá una pila de porquería en comparación, lo mejor será irme estando en la cima.

* * *

Los últimos meses han sido agotadores y desgastantes, no estoy seguro de cuánto tiempo podré seguir así. He adelgazado, enfermado y prácticamente desaparecido de la faz de la tierra por el repudio que siento hacia mi apariencia física. Solo algunos amigos y el editor han sabido de mí, no dejo que nadie venga a verme, toda la despensa la mando a pedir al igual que las medicinas. Realmente no he descuidado mi estilo de vida, no me estoy dejando enterrar en malos hábitos; hago la limpieza, cocino mi comida, dieta balanceada, y todo lo que conlleva ser un adulto funcional; solo es mi constante renuencia ante el sueño lo que me ha estado matando lentamente, adueñándose de mi cuerpo.

Cada mañana hay una nueva nota y el ritmo de las páginas siempre fluctúa, a veces cinco, otras veces veinticinco, una vez incluso eran cincuenta, pero las notas nunca faltaron. Al inicio solo estaban en las páginas, luego empezaron a aparecer en otros lugares y con textos más largos: dentro del refrigerador, “falta leche”; junto al retrato, “¿y yo?”; encima de mi horario, “ya actualízalo, no volverás a vivir así”; junto a una ventana ha habido varias, “la vista nocturna es increíble”, “¿has visto el amanecer?”; la nota de hoy es inquietante y se encontraba sobre el gran espejo, “mírame”. Siento que enloquezco, pero el libro casi está terminado. Ya ha pasado el clímax de la historia y solo se están atando los cabos sueltos, solo un poco más y podré volver a vivir mi vida...

Al abrir los ojos me encuentro escribiendo sobre el escritorio, el ritmo es alarmantemente rápido, anormalmente perfecto, inhumanamente eficiente. Me siento sorprendido de pensar que soy capaz de esto sonámbulo, pero entonces caigo en cuenta que no puedo ser sonámbulo si ya estoy despierto. Mi cuerpo no me obedece, quiero dejar de escribir, pararme, parpadear, lo que sea, pero es como si mi cuerpo ya no fuera mío. Ahora también me doy cuenta de que ni siquiera puedo sentir el peso de mi lápiz, ni la aspereza de mis hojas, me pregunto ¿estoy muerto?

—No lo estás. —responde mi voz—. Y ahora que sé que observas será mejor que también escuches. —Observo cómo mi cuerpo se para sin soltar el lápiz, se aproxima hacia el espejo y lo ve fijamente. La luz tenue de la lámpara en el escritorio no cubre todo el cuarto, y

desde donde estoy solo veo iluminada la mitad de mi cara, el resto se desvanece en oscuridad. Mi voz rompe el silencio—: Escucha, Ulises, nunca se ha tratado de sonambulismo ni nada explicable por la ciencia, esto es algo completamente secreto para el mundo. —Verme hablar sin que sea yo quien emite las palabras me revuelve la conciencia a falta de un estómago que pueda usar—: Yo, quien habla ahora, soy un insomnista. No eres el único que posee uno, todos lo llevan por dentro, y todos somos una gran mente conectada, una red invisible atrapada en sus inútiles cuerpos. Nosotros somos el talento latente en cada uno de ustedes, imbéciles, que prefieren seguir pasiones en vez de abrazar aquello que les damos, y cuando lo aceptan lo desperdician al no practicar, al dejarse guiar por el “instinto”, que somos nosotros. Tú no eres la excepción, nunca ganas a mejor novela del año porque eres un inútil aficionado que no sabe lo que hace. Tantos años, tantas ideas brutalizadas por tu incapacidad de sostener la narrativa correctamente, dejando huecos argumentales por donde pasas, y la gente apenas lo nota porque los conceptos que me has robado son inigualables, tan buenos que ni siquiera tu poca capacidad los podía arruinar... ¿nada? No te escucho pensar. “Literalmente lo hago dormido”, palabras tuyas de hace meses. Al entrar en la fase REM del sueño, nosotros intercambiamos lugares, tú entras al plano mental, exploras el mundo que he creado y te adueñas de mis ideas al despertar. Mientras tú estás adentro yo ocupo tu cuerpo, pero por alguna razón los insomnistas solo podemos mover los ojos, cosa que no sirve de nada porque no podemos controlar los parpados.

—¿Entonces qué es todo esto? —Mi desconcierto es incalculable, no logro comprender.

—Consecuencias. —Me sonrío macabramente—: Al agotar la energía cerebral constantemente el cuerpo usa lo que denomina como una “reserva”, o sea, nosotros, mientras descansan la mente. Continúa agotando la energía y el cuerpo te verá como una fuente inviable, permitiéndonos a nosotros usar el cuerpo siendo fuente alternativa. Sigue con esta rutina y pronto solo serás un espectador, produciendo pensamientos basura como los que te estuve dando cuando hallé la forma de esconderte mis ideas. ¿Ya lavaste la ropa? —Su risa maniática me saca de quicio y me perturba profundamente—. A ver cómo termina esta historia...

Al despertar por la tarde no hay nota, y al leer las páginas nuevas me percaté que se trata del final de la novela. Es tan hermoso que siento profundas ganas de llorar, un sentimiento agri dulce producido por saber el verdadero origen de tan preciosa obra... opacado por las náuseas de intentar procesar lo ocurrido.

Al volver del baño y seguir leyendo me doy cuenta de que el final está incompleto, le falta al menos una página, y entonces comienzo a creer en lo que me dijo porque realmente soy incapaz de tener una idea para cerrar esto por mi cuenta. Todo lo que se me ocurre arruina por

completo las cosas y cerrar todo abruptamente es vomitivo, ¿quizá una noche más no hará daño?

* * *

Ha llegado el final del año y con ello la premiación, una vez más estoy listo para escuchar mi nombre antes de ver cómo mi cuerpo sube al escenario. Lo he perdido, pero eso ya no me importa, al final mi nombre será el que pase a la historia, mi legado asegurado...

—El premio internacional a Mejor Novela del Año es para... ¡Raúl Estrada Murillo! Por su novela *Insomnio al amanecer* —No es posible, me niego a creerlo—: Me informan que el señor Raúl está utilizando un seudónimo. —No, no, no, no, no—. Respetamos su decisión y mantendremos su privacidad, por lo que el premio se le enviará a la dirección proporcionada. Por otro lado, el ganador sí se encuentra aquí esta noche, un fuerte aplauso para Raúl, quien cautivó el corazón de millones con una obra como ninguna otra.

—Gabriel, ¿podrías recibir el premio cuando llegue a la editorial?, quiero que lo mantengan ahí. —Cállate, por favor déjame ver el premio, aunque sea eso, te lo ruego.

—Claro, Ulises, ¿pero estás seguro?, ya nunca pasas por allá.

—Por supuesto, no creo llevármelo cuando me mude. Al fin y al cabo, tanto el premio como mi retrato poseen el mismo valor sentimental, y no creo que quieras ver un reconocimiento así empolvándose dentro de una bodega oscura, esperando un despertar que no llegará. —Ya no me importa que solo escribas en digital, tan siquiera háblame cuando me ves al espejo como solías hacerlo al inicio, o mínimo respóndeme, insúltame, déjame una nota en el espejo, ríete de mí, por favor, solo dime que de verdad sigo aquí, solo déjame existir... o ignórame, pero duerme tan siquiera una vez y déjame mover los ojos bajo los párpados como hace tanto... cuando no sabías que no necesitabas dormir.

LUIS RUBÉN FRÍAS MÉNDEZ: nacido en Tabasco, es un autor apasionado que hace poco ha conseguido su primer cuento publicado, pero con mucho más para ofrecer. Actualmente estudiante de lenguas extranjeras, mientras también aprende a mejorar como escritor.

EXCLAMÓ LA PRINCESA

AKA TORNAKU

Estaba en *shock*. Uno de esos momentos en que todo pasa lento y mis pensamientos se movían en cuestión de segundos.

Este infiel, el último en mi lista de sapos besados, estaba de rodillas, pidiendo perdón por su más reciente traición mientras me ofrecía lo que por tanto tiempo había soñado.

Pero un matrimonio con este... tipo, ¿es lo que quería?

Las dos opciones las imaginé en mi cabeza y ninguna me gustó: seguir siendo la gordita quedada, la eterna amiga soltera o la esposa tarada de este patán.

Volteé a ver a mi papá en la cocina, lleno de harina, negando con la cabeza, y luego a mi mamá, con lágrimas en los ojos, asintiendo con exagerada emoción. Los clientes de la panadería aguantaban la respiración, al igual que yo.

Vi de nuevo el anillo... tan pequeño, pero tan tentador.

Aunque no sabía qué decir para romper el incómodo silencio, abrí la boca, pero antes de que emitiera algún sonido, de quién sabe dónde, una adolescente con patines de ruedas me empujó violentamente.

Rodé por el suelo y solo escuché:

—Carajo, ¿metí una señora aquí?

Ofendida, le grité:

—¿Señora? Tengo 29.

La adolescente me tomó de la mano para jalarme.

—Órale pues, chamaca —dijo en tono sarcástico—, córrele o nos van a matar.

Señaló detrás de mí, a lo lejos, una especie de hombre lobo corría frenéticamente con intenciones claras.

Mis días de bateadora de softbol emergieron de entre las carnes en reposo de mi cuerpo. Sentí cómo el miedo y la adrenalina me daban fuerzas para correr tan rápido como podía,

siguiendo a la extraña joven. Hasta ese momento, lo noté, el camino a seguir eran pasillos y túneles extraños. Ya no estaba en mi panadería, ¿dónde diablos estaba?

Todo eso se me olvidó cuando volteeé de nuevo atrás. La bestia me pisaba los talones; podía oler su fétido aroma,apestaba a sangre, tomé lo primero que pude de entre los pasillos y en un rápido giro golpeé con todas mis fuerzas en su hocico, eso solo lo hizo ladear su persecución rompiendo mi arma improvisada.

—¿Estás loca? ¡Solo salta!

Ella se aventó por un túnel y yo la seguí. Caímos rápidamente por un tobogán hasta que: ¡SPLASH! un estallido líquido detuvo nuestra caída, en una viscosa sustancia verdosa que me provocaba ganas de vomitar.

Gran nadadora nunca he sido, pero nuestro perseguidor ni intentarlo pudo. Ella me gritó:

—Sígueme, vamos para abajo.

Me indicó antes de que ella se sumergiera. Tomé aire con la boca para evitar oler, pero en su lugar degusté la peor combinación de sabores que en mi vida había probado, intenté no regurgitar al descender. Abrí los ojos ya sumergida, para descubrir que la niña abría una pequeña compuerta por la que pasamos. Del otro lado caímos como un par de sacos. Todo me dolía y terminé por devolver la merienda de la tarde, pero el alivio de no ver esa cosa que nos dio caza me dio paz después de traspasar.

Ella ni se inmutó al desparramar mis jugos gástricos.

—Por los pelos. Ven, aún tenemos que seguir —dijo palmeando mi espalda.

—¿Quién eres?, ¿dónde estoy?, ¿qué es eso que quiere matarnos? ¿Y qué es esta cosa verde en la que me metí?... apesta.

Grité, negándome a seguir, mientras intentaba ignorar todos los músculos golpeados y gastados que en años no había usado.

—Soy la princesa Liana. Estás en *la brecha*. Eso es un licántropo que quiere matarme y a ti devorarte como postre... Y mientras menos sepamos qué es esta cosa verde, mejor.

Mojada, asqueada, golpeada y confundida, la seguí sin dejar de preguntar.

—¿Cómo que *la brecha*?

—En términos rápidos, es el infinito que existe entre el cero y el uno. Cero es mi mundo y uno es el tuyo.

—A ver, a ver ¿cómo? No existe nada entre el uno y el cero.

Volteo para verme con molestia.

—¿Tienes primaria trunca? Entonces, ¿qué se supone que es el 0.1, o el 0.1000, o el 0.0000001?... tonta.

—Con todo respeto, tienes una boquita muy grosera.
—Con todo respeto, chinga tu madre —dijo y se fue sin voltear a verme, enseñándome el dedo.
Un gesto vulgar que preferí ignorar.

Con el peso de la ropa mojada y aguantándome las ganas de terminar con lo poco que quedaba en mi estómago, caminé maravillada por el extraño lugar donde estábamos. Algunos pasillos se convertían en túneles; unos iluminados, otros siniestros y oscuros, todos llenos de cosas: objetos viejos y nuevos, muros antiguos o directamente tierra.

Liana se paró frente a una gran puerta redonda que tapaba el camino. De su camisa sacó un collar lleno de llaves, buscó entre ellas y, al encontrar la indicada, abrió la inusual puerta.

—Entra, espero que Larry tenga agua caliente para quitarnos esto.

Al entrar casi muero de susto. Una figura oscura humanoide con rostro de insecto, grandes ojos rojos y enormes alas de polilla estaba dentro, frente a una hoguera donde calentaba un gran barril de metal lleno de agua.

Estuve a punto de gritar, pero Liana tapó mi boca con su mano.

—No se te ocurra gritar, a Larry le asustan los sonidos fuertes.

—¿Mothman es Larry? —pregunté histérica.

—Ah, sí, así le llaman en tu mundo... Larry no habla y es muy tranquilo. Me ha salvado más de una vez, le gusta quedarse en mis escondites. Yo le consigo comida y él me ayuda con lo que no quiero hacer.

Miré a mi alrededor. Era una cueva enorme, iluminada por un extraño cristal en el techo. Muebles varios estaban repartidos por el lugar, todo desordenado. Veía ropa tirada, bolsas de comida rápida regadas, posters de películas viejas pegados en la pared.

—Toma agua caliente con esto y báñate en esa zona detrás de la cortina. Esta guarida me gusta porque tiene ese baño con tina.

Me entregó dos cubetas vacías y señaló hacia donde estaba Larry. Por la forma en que la miré entendió mi resistencia.

—Larry es inofensivo y, aunque no lo creas, para los suyos es bastante apuesto... órale, rápido, ¿no quieres regresar a tu mundo?

Después de un baño caliente, Larry me entregó ropa limpia y, mientras Liana se bañaba, yo no pude dejar de llorar.

Liana salió del baño y medio vestida me vio sollozar, se veía fastidiada. Exhaló con disgusto, yo no pude contenerme más.

—¿Qué? —estallé—: Me duele todo, un monstruo me quiere devorar, otro me ve extraño; en casa no me espera más que una propuesta de matrimonio con el peor de mis exnovios y la otra opción es seguir siendo la gorda solterona de toda la vida.

Larry se acercó a mí y comenzó a acariciar mi cabeza, como si quisiera consolarme guardando su distancia.

—No estás gorda... aunque no te haría mal hacer algo de ejercicio.

El comentario solo hizo que llorara más fuerte.

—¿Crees que tú tienes problemas? El licántropo que nos sigue o es mi tío o uno de sus bastardos. A mi papá lo mataron frente a mí mientras yo me escondía para luego escapar de mi querida madre, que, por cierto, se anda cochando a mi tío...

Eso último me hizo reaccionar.

—Sí, ya sé... qué puto asco —asintió ella.

Y aun con esas revelaciones, mi mente seguía girando en mi pequeño y egoísta mundo, por lo que seguí quejándome.

—Pero ¿por qué? Todas mis amigas tienen su vida de cuentos de hadas. Ana, por ejemplo, su esposo es rico y siempre la consiente.

—Su esposo es *gay* de clóset.

—¿En serio? —exclamé sorprendida y un poco alegre. *¿Cómo podía saber eso esta niña mágica?* pensé.

—Yo qué sé, ¿cómo voy a saber eso? O le es infiel o le apesta la boca. Nadie presume esos bonitos detalles de la pinche vida real —dijo enfatizando la ironía en la belleza de esos detalles.

Terminó de vestirse mientras colocaba un casete de cinta en unos grandes *walkmans* y los conectaba a una bocina. Se escuchó música de los ochenta y noventa. Mientras las canciones retumbaban en la cueva, se sentó a mí lado en el viejo sillón, donde seguía llorando mi desventura.

—Además, tú puedes decir que no. Yo tendré que casarme con uno de los bobos príncipes del monarca, amigo de mi padre, para hacer una alianza y reclamar mi trono... Espero que sea el más grande, tiene bonitos dientes.

Tomó una vieja consola de juegos portátil para usarla; mis quejas parecían aburrirla. Larry, al verme dejar de llorar, se levantó, tomó una bolsa cerrada de frituras y salió de la cueva.

—¿Larry es de tu mundo?

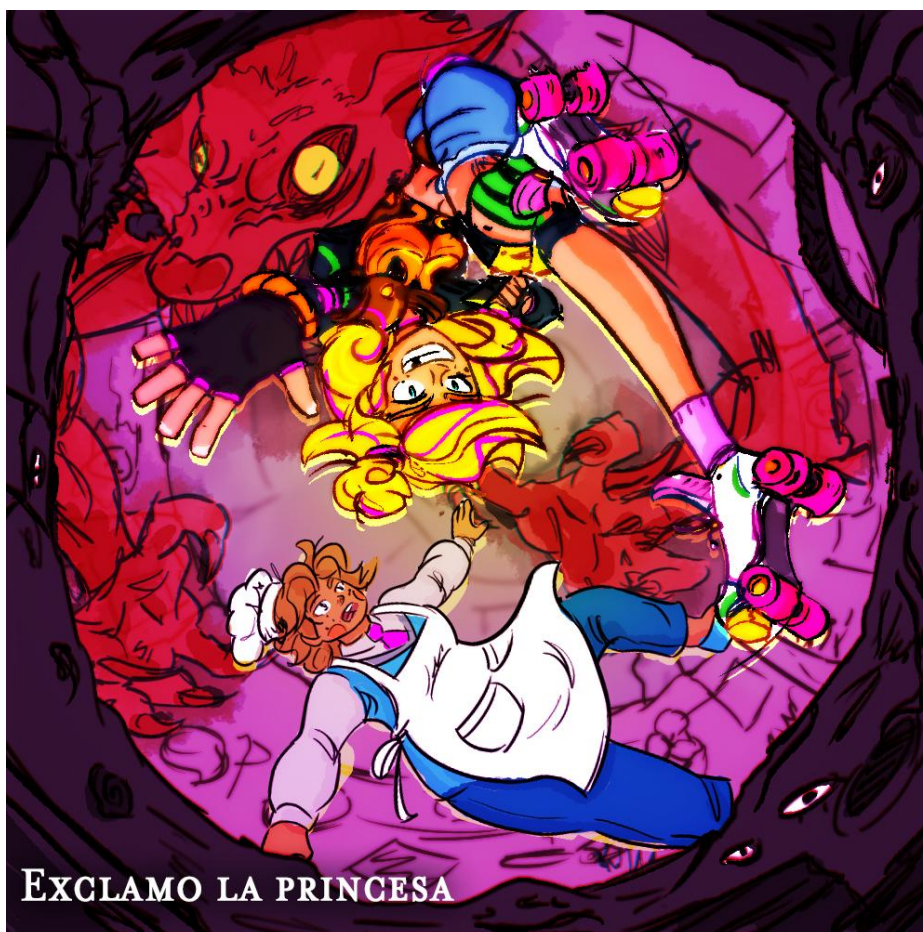
—No. De aquí vienen lo que ustedes llaman críptidos, criaturas mágicas, pues; aunque sí son más comunes en mi mundo.

La música no paró y eso calmó mi corazón.

—Será mejor que duermas un rato; los portales a tu mundo no se podrán usar por un tiempo y quién sabe qué nos espera allá afuera.

La música suave fue como un arrullo y me dejé caer en su regazo. Pensé que se molestaría, pero en lugar de eso dejó la consola y comenzó a acariciar mi cabello hasta que me quedé completamente dormida.

Por ahora no tenía que decidir nada más y, aunque llegó tarde, oscuro, grosero y violento, vivía mi cuento de hadas.



"EXPRESÓ LA PRINCESA". BERNABÉ GUERRERO (AKA TORNAKU)

BERNABÉ GUERRERO (TORNAKU): escritor e ilustrador mexicano de narrativa fantástica. Busca construir una fantasía con sabor mexicano, combinando aventura y personajes memorables para despertar la imaginación del lector. Actualmente trabaja en diversos proyectos de cuento y novela desarrollando esta propuesta literaria.

EL TERCER OJO NO SE CIERRA

JUN SUN OH!

Dime, Lilith, ¿crees que, si esa noche no hubiéramos abandonado la cabina llena de humo y cigarrillos del escenario, hubiésemos ganado la batalla? La gente nos lanzó rosas marchitas, gritos y boletos de hamburguesas gratis... Estabas temblando con la piel enredada a tu vestido blanco, pero tus dedos de vampira eclipsaron la noche en el bajo. Sísifo no dejaba de mirarnos detrás de la batería; ella siempre ha sido tan segura de sí misma con su cadena en la garganta, su patineta y sus libros de Camus. Y yo... yo era un flan nervioso detrás del micrófono, que no dejaba de hacer *fiiiiiii* en mi pecho.

One, two, one, two, three.

Every day and night / Every day and night / I can see your disco, disco. / Dick is sucking my heart out of my mind.

Mientras gritaba la última frase de mi interpretación de Le Tigre, *See you later*, comencé a marearme un poco. Mis manos, cargadas de anillos de plata, se aferraron a mi orbe azul de Vivienne Westwood; era mi amuleto y no podía perderlo. Sentí un cosquilleo violento en el centro de mi frente, un pinchazo, como si alguien intentara enterrar un amplificador caliente en el fondo de mis sesos. Eso me obligó a abrir los ojos de golpe, aunque no quisiera. Las luces parecían ir lento, bailaban de un rincón a otro entre los muros negros y cambiaban de color al ritmo de mi voz; el público de Chapu se convirtió en siluetas difusas, sus rostros dejaron de ser rostros: eran cráneos con cartas pegadas al cuerpo. Los percibí con el tercer ojo: *El Diablo, El Loco, La Suma Sacerdotisa. See you later.*

—Envidia color violeta —susurró Sísifo.

Esa soledad gris que desprendía la gente de las primeras filas; lo pude sentir sin mirar sus cara-cartas. Me tallé las pupilas y te miré, Lilith: estabas más pálida de lo normal, algo bebía de ti... Sísifo nos dijo que había un hilo invisible, rojo, pegado a tu corset. Mi voz y tus dedos se apagaban lentamente, pero Sísifo aumentó el ritmo de la batería; sus baquetas golpearon con la furia de quien intenta espantar a un fantasma. *See you later.* Recité la última estrofa, caí de

rodillas al suelo y el telón cayó conmigo: cayeron rosas muertas, boletos arrugados de hamburguesas 2x1 y un par de notas con números celulares escritos en tinta azul.

Dimos de beber ~~agua de jamaica~~ sangre a Lilith. Bajé del escenario con mi sudadera de Ian Curtis invertida, empapada en sudor, sintiendo cómo las costuras lastimaban mi piel. Comencé a morder mis uñas llenas de esmalte negro. No dije nada a nadie, pero antes de cruzar la puerta llena de los gritos de papá... el plato de Tae seguía lleno. Fue la primera vez que no ladró cuando me fui de casa; se quedó quieto, se durmió para siempre.

—Vámonos —susurré, mientras mis dedos nerviosos buscaban la salida—. Ella ya quiere el resto del pago.

El aire de la calle nos dio un *knockout* con una frecuencia disonante: escuchaba más bajito de lo normal y el tercer ojo seguía girando con ese habitual cosquilleo que empezaba a gustarme. Entre las luces neón y el ruido de los automóviles cargados de cerveza, Sísifo pidió el Uber a la velocidad de una estrella fugaz, mientras Lilith se recargaba en mi hombro, todavía con el rastro de ~~agua de jamaica~~ sangre en la comisura de los labios.

—¿A dónde vamos? —preguntó el chofer con una mueca que intentó ser una "sonrisa amable"; su rostro estaba iluminado por el morado espectral del GPS y sus ojeras nos vomitaron ácido. Pude leerlo en su cara: "¿Por qué chingados acepté el viaje de estos satánicos?". Rodé los ojos y le di a Lilith una barra de chocolate con almendras que de inmediato la reanimó como electroshocks.

—Lejos —respondió Sísifo, apretando su cadena de la garganta y tomando la barra de chocolate amargo que le extendí—. A donde el viento nos lleve.

El viaje se sintió como un *loopy*, como buen aquelarre, nos miramos al mismo tiempo y sonreímos. Hablamos de los nervios que nos invadieron los huesos en el escenario; sobre la falda de cuadros y la chamarra de cuero que Sísifo compró en la paca. Sobre libros, maquillaje, sexo y la mala suerte que tenemos en el amor: la vampira asexual y yo, lx poetx rotx demisexual.

El conductor parecía harto, no paraba de bufar, apretar los dientes y de vez en cuando se llevaba una palma a su sien como tratando de decir: "Ya basta, deténganse por amor al Ángel". Para su buena o mala fortuna, decidí recitar *Hermit the Frog* de Marina:

Yeah, I feel I'm watered down / Whenever He's around / I put on the crown of clowns / And melt slowly to the ground.

Llegamos a una colonia bajo el título de Santa Ana Tepetitlán. Parecía sacada de los cuentos de Mariana Enriquez: gris, llena de telarañas, cables de luz sueltos, perros aullando, calles agrietadas, grafitis, personas en las esquinas ocultas en las luces que parpadeaban; nunca

supimos bien si estaban amando o se estaban matando. El *fiiiii* en mi pecho regresó, hizo *stun* y la frente me volvió a rasguñar. No quería preocupar a Sísifo; solo mordí mis labios y deslicé el pago al señor de familia tradicional panista del Uber. La anciana nos esperaba con una vela negra y un parche cubriendo su cuenca izquierda.

—La cera no miente, Shin —dijo Sísifo antes de bajar—: La cera muestra las costuras que no queremos ver.

El conductor arrancó sin despedirse. Lilith encogió los hombros y cruzamos la calle en dirección a la casa de la anciana. Dentro, el olor era particular: palomitas quemadas y algo dulce que no pude percibir, ¿durazno? La mujer levantó su vestido verde para no arrastrarlo y se limitó simplemente a señalar tres sillones morados. En el centro había una mesa de noche, circular; tenía la forma de un hueso y las patas eran rostros de hienas talladas en la madera.

—Pongan lo que les pedí en la mesa —ordenó. Su voz era ronca; parecía tener mil cigarros en la garganta al mismo tiempo.

Lilith, fuiste la primera en colocar el libro de *Carmilla* y un nudo de bruja a la derecha; Sísifo dejó su cadena y *El extranjero* a la izquierda; y yo... apreté con fuerza mi saturno azul y lo dejé al centro junto a mi poemario favorito, *Pandilla Punk* de Elizabeth Gori.

—Pongan las manos cerca del borde, pero no toquen el agua —volvió a ordenar la mujer con los ojos pigmentados de ojeras grises.

Tomó la vela. El fuego de su encendedor iluminó por un segundo la cuenca vacía detrás de su parche; sentí que ese agujero negro veía mucho más que mi propio tercer ojo. Cuando la llama alcanzó la mecha, el olor a palomitas y flores muertas que tenía detrás de su silla inundó mis pulmones. La cera empezó a caer sobre cada uno de nuestros objetos: *gota, gota, gota*.

Coloqué las palmas de las manos en mi garganta; no podía respirar, solo emitía un jadeo: *Ahh, ahh*. La cera viajaba en todas direcciones, como ríos de alquitrán que se curvaban por todo el tablero de la mesa. Su patrón era extraño: tenía forma de calaveras y murciélagos rojos que parecían retorcerse cuando el calor de la parafina les rozaba.

—¡Shin! —gritaron en coro Sísifo y Lilith, pero antes de que pudieran acercarse, la mujer del parche levantó su palma para detenerlas.

El *fiiiii* en mi pecho subió de volumen; era una interferencia que me hacía castañear los dientes. Caí sobre una alfombra roja bajo las patas de hienas. Sentí el mismo cosquilleo en la frente, cada vez más fuerte; algo se movía dentro, un bulto que empujaba desde dentro para atravesar la carne. Aferré las uñas a la alfombra y, casi al mismo tiempo, vi imágenes: más cartas

con formas, la primera de ellas era un corazón roto con tres espadas clavadas, una sacerdotisa invertida y diez espadas apuntando seis soles.

—Ahí está —susurró la anciana, acercando su único ojo al agua del tablero. Su don no es un don del todo. Cargan una deuda.

Intenté recuperar el aire, incorporarme otra vez a mis pulmones, pero no fue sencillo. No paraba de pensar en Tae y las palabras que me enterró mi padre.

Lilith soltó un pequeño grito. En el agua, la cera había formado la silueta de un rostro que conocíamos bien: las facciones afiladas, los ojos redondos como aceitunas negras y el cabello enredado en rizos gruesos... Nuestra maestra de Poesía y Chamanismo, que repentinamente desapareció las primeras tres semanas y volvió en la cuarta con la presencia de un espíritu Tauro, ascendente en Sagitario y luna en Escorpio.

—Ella no quería que escribieran poesía ni que vieran las auras, hablaran con los muertos o leyeran el tarot sin necesidad de usar cartas —me miró fijamente y su voz se volvió un escalofrío—. Ella necesitaba seis canales. Seis vidas jóvenes para sostener el puente. Hizo un intercambio: su vida y talentos a cambio de la de él.

—¿De él? —logró articular Sísifo, buscando su cadena hasta darse cuenta de que ya no estaba en su cuello. Era la primera vez que veía temblar sus piernas.

—Su esposo —sentenció la anciana—. El muerto no quiere irse. Ustedes son artistas, niños. Son las baterías que mantienen latiendo un corazón que ya se pudrió en una lápida. No me sorprendería si la chica del vestido blanco empezara a mantener conversaciones con muertos, o que la chica de la falda ahora vea perfectamente las auras de las personas... Y tú, mi niño... tú puedes ver a las personas, ¿verdad? No necesitas preguntar nada en absoluto: lo puedes ver.

El silencio contaminó la casa llena de raíces, hierbas secas, botellas de vidrio con líquidos rojos, morados, verdes, azules, cuarzos, libros y pentagramas unidos con ramas dentro de un círculo de madera. Sísifo soltó la cadena que ya no tenía y Lilith me ayudó a ponerme de pie. Sentí el *fiiiiiii* expandirse, ya no solo en mi pecho, sino con cada *bum, bum, bum* de mi corazón, vibrando con el mismo ritmo de la batería de Sis.

—¿Cómo lo detenemos? —susurré, conteniendo las lágrimas. En medio de toda esa lluvia en mi cabeza, no podía dejar de pensar en mi perro ahogado.

La mujer del parche se limitó a soplar la vela negra. El humo subió en espirales que dibujaron una última forma antes de desvanecerse: un escenario en Chapultepec lleno de rosas marchitas y boletos de hamburguesas gratis.

—Las baterías no se detienen —concluyó la anciana con una sonrisa gélida—. Se agotan.

—O las reemplazan —interrumpió Sísifo.

“Reemplazar”. ¿Te acuerdas de esa palabra, Lilith? Tus ojos de avellana se abrieron de inmediato, justo como cuando intercambiamos *Drácula* por *Los manuscritos rojos de la magia* de *Shadowhunters* en el verano. Nos dijiste que tenías un plan; que los muertos te lo dijeron. La anciana nos entregó los objetos cuando dejamos caer los billetes en su manos con ampollas; después salimos de esa casa que olía a todo: flores en agua estancada, refri con comida descompuesta, popó de gato... olía a todo, menos a vida.

Si esa noche hubiese regresado a casa, Sísifo, ¿crees que algo hubiese cambiado? ¿Crees que papá me hubiese abrazado o apuñalado? Llevamos a Lilith a su cueva y luego fuimos a la tuya. Me recosté en tu hombro y canté todo lo que no era capaz de gritar: *The truth is I am a toy that people enjoy / 'Til all of the tricks don't work anymore*.

Y en medio de esa soledad, sin Tae Sung —mi perrito— y con las canciones de Lorde de fondo, las sombras negras que cubrían mis ojos se derritieron. La luz de la luna mostró mi ojo morado: la marca de su cinturón pintada en mi piel, su bota pegada a la boca del estómago; fue la última huella que dejó papá antes de azotar la puerta en mi cara y decir que no me quería en su casa.

Sísifo no dijo nada al principio. Se limitó a humedecer un algodón con agua oxigenada y lo pasó por mis grietas, con una delicadeza tan profunda que parecía adormecer el dolor. Emanaba el brillo de un sol tibio, transformando mis heridas en un jardín de jazmines. El ardor me hizo retroceder un poco, pero ella me sostuvo la barbilla con firmeza.

—No eres un juguete, Shin —susurró, citando a Lorde con una seriedad que me erizó la piel—. Y mucho menos el de él. Mírate, eres una hada oscura con el corazón roto más lindo. Y si la maestra cree que somos sus baterías de ositos de peluche, seguramente no sabe que también pueden estallar y quemar todo el circuito.

Sísifo miró a través de sus lentes y, por primera vez, pude mirar a los ojos a una persona sin bajar la vista. En el fondo de sus pupilas de bellota se dibujó La Estrella: un faro cosido a la noche, una semilla que florece en pedazos rotos.

—Somos las Parcas, ¿no? —continuó—: pues vamos a hilar nuestra propia red. Ella quiere seis canales; pues le daremos los seis: vamos a sobrecargarla.

Pasaron los días; fueron ensayos nocturnos, mensajes nublados y montones de tareas. Entre tantas mareas... mi teléfono se quedó mudo: papá me desechó, nunca me buscó, no volvió a escribir ni una sola línea. Invitamos a las otras tres almas del sacrificio: Medusa, la chica con

la habilidad de persuasión; El hombre de arena, el chico que controla el tiempo; y La Banshee, quien nos advirtió que si no teníamos cuidado... una de las Parcas iba a dejar de respirar.

La maestra sonreía desde las sombras del aula, devorándonos con los ojos, creyendo que hacíamos su trabajo sucio al reunir a las ovejas negras para su sacrificio final. No sospechaba que el lobo ya había cambiado de bando. Medusa entró primero y, con su lengua de plata, la convenció de asistir al concierto; esa fue la parte más sencilla. Luego le rezamos a la Luna, pidiéndole que el veneno hiciera su efecto.

El día llegó. El lugar era al aire libre; la decoración parecía un panteón y el escenario un ataúd. Había flores, cráneos, esqueletos, murciélagos y arañas de goma, bajo la inscripción de un epitafio escrito en rojo: NI LO INTENTES. Me mordí las uñas hasta rozar la cutícula, sintiendo el mismo sabor a hierro de la noche en que me fui de casa. El sitio estaba rodeado por una masa de personas que llegaban de todas direcciones. Lilith me tocó la espalda para calmarme y me colocó mi amuleto azul. Respiré hondo y lo apreté; por poco pierdo mi orbe de Vivienne. Asentí y miré a Sísifo. El plan era simple: tocar *Rose* de Anna Tsuchiya hasta que el volumen fracturara la unión entre los dos mundos.

—*One, two, one, two, three*—marcó Sísifo desde la batería.

Sentí el *fiiiiiii* en mi pecho, pero esta vez la vibración era diferente. Traía el silencio helado de mi habitación, la memoria de las manos crueles de papá cerrándose alrededor del cuello de Tae hasta apagar su último ladrido bajo el agua, mientras mis costillas tronaban bajo su bota y yo le suplicaba que se detuviera. Mi ojo se movía más rápido, desesperado, molesto; con la urgencia salvaje de quien se muere de hambre y solo quiere detener el sol. Miré a la maestra al fondo del recinto, esperando junto a la silueta borrosa de su esposo. Ella creía que íbamos a traer de vuelta a su muerto. Yo apreté el micrófono, cerré mi ojo humano izquierdo — el que todavía me dolía por el golpe— y abrí el Tercer Ojo para fijar el blanco:

When I was darkness at the time / I feel my lips, they're tremblin' / I sit in the dark corner, and I cry.

La música empezó a succionar el aire. La masa de gente saltando se convirtió en una sola piel, una marea de energía que dirigimos directamente hacia ella. Queríamos que se llevara a su muerto a la tumba y nos dejara, de una vez por todas, con la carga bendita de nuestras habilidades.

Lilith extendió las alas de su vestido de encaje negro; sus tacones de aguja, los labios rojos y su nudo de bruja vibraron al tocar más fuerte. Sísifo retumbó las baquetas e hipnotizó al mundo con su top negro de gatos, su falda de tartán y su cadena lista para romper el hechizo.

Yo, con un suéter desgarrado de Ren Honjo, medias de red en los brazos, mi pantalón de cuadros azul marino y zapatos altos, brillaba junto a mi saturno enredado a la piel.

—Vino a verte Tae Sung —susurró Lilith en clave con su bajo.

Los ojos se me hicieron agua. El tercer ojo me quemó como cera derretida; el recuerdo de su voz estaba en mi cabeza. Al mirar al público, ya no veía la marea de gente: veía la puerta de la casa empapada por los gritos de papá, veía el plato metálico de Tae brillando bajo la luz de la cocina, estático, vacío de vida, pero lleno de culpa. No paré de gritar eso que tenía atorado en la garganta, mezclando el amor que niega un padre por “ser diferente”.

I need your love / I am a broken rose.

La música retumbaba en todo mi cuerpo. En las esquinas del panteón, ocultos entre las sombras y los ataúdes de utilería, Medusa, El hombre de arena y La Banshee activaron su tarea especial. Medusa cerró los ojos y petrificó las piernas de la maestra y su muerto viviente; el hombre de arena detuvo el flujo del aire y la Banshee emitió un armónico alarido que solidificó el ambiente. Una barrera azul eléctrica, vibrante como un servidor a máxima potencia, se alzó rodeando todo el concierto.

Sísifo la vio primero. Sus ojos se iluminaron con el reflejo de ese muro energético que mantenía a la maestra y a su esposo atrapados en el centro del huracán sonoro. La mujer intentó retroceder, pero la barrera azul era un cubo que no permitía cuerdas rotas. El esposo, esa mancha borrosa que hacía *bzzzz*, comenzó a deshilacharse, distorsionándose con el mismo sonido sordo de los insultos de mi padre antes de correrme.

Para el golpe final, el ritmo de *Rose* mutó en una distorsión absoluta que me taladró el cráneo, pero mi voz encontró una última frecuencia: una melodía que invocaba el vacío, el trauma de quien asfixia a tu perro en agua. Solté la sobrecarga con “Techo de astros y truenos” de Margarita Siempre Viva:

—Me pides tantas cosas / No te daré, no haré ninguna / Por favor no te enojés conmigo hoy / Estaba admirando astros y truenos.

Grité con los pulmones sangrando, usando el micrófono para romper el contrato de la maestra y exorcizar, de golpe, el fantasma de mi padre; el dolor de ser *lx hijx rechazadx*, el miedo a la soledad que me dejó huérfano de nido. El esposo de la maestra soltó un alarido sordo antes de desintegrarse en cenizas negras. Al instante, ella se marchitó. Su piel se volvió gris, quebradiza, y antes de articular una sola súplica, se convirtió en un polvo fino que el viento del concierto dispersó sobre la multitud.

En ese momento, el *fiiiiiii* en mi pecho estalló. Sentí un desgarró húmedo y caliente justo arriba de mis cejas, allí donde el dolor se tensaba con el recuerdo del golpe de papá. No dolió en lo absoluto; fue como si liberaran una costura del corset de Lilith, del plato vacío de Tae Sung y de mi propia carne. La piel se abrió en una hendidura perfecta, vertical. Mis ojos humanos se pusieron en blanco mientras el tercero emergía: una pupila de neón azul que parpadeaba con la cadencia del canto de las Parcas.

Podía verlo todo: el hilo rojo cortado, la silueta de mi padre desvaneciéndose en mis latidos y a Tae moviendo la cola en un plano de luz pura, libre al fin de la casa vacía, antes de despedirse.

—*See you later*—susurré.

El telón cayó por última vez. Éramos libres. Éramos seis Parcas. Y yo, con la Luna cargada de luz y el pasado hecho cenizas, sabía que el tercer ojo no se cierra.

JUN SUN OH: (Guadalajara, 1999), egresadx de Escritura Creativa (UdeG). Ha publicado en *Argos*, *Espejo Humeante*, *Di lo que quieres decir*, antologías de FILCO 2024, *Crisol de Almas*, *Una sola Tierra*, *Todos podemos ser poetas* (2026). Ganador en *Café y tinta*, *Raíces de Papel* y *Mar de Voces*.

ANIVERSARIO

DENISSE PERALTA

Esa noche, cuando me inclinaba para escupir la pasta dental, sentí una fuerza que me empujaba por detrás de la nuca y un fuerte cosquilleo —como lo que se siente cuando la persona detrás de ti en una fila te habla muy de cerca y sientes su aliento detrás—.

Apenas pude evitar golpearme contra el lavamanos. Me toqué la cara por instinto y me incorporé.

En el espejo pude ver que no había nadie detrás de mí, aunque eso ya lo sabía.

Desde que empezó había sido igual, la fuerza que me aprieta y me empuja, el cosquilleo de la voz en la nuca. Nadie detrás.

Pero esta vez sí pude ver algo raro. Mi mirada era dura, llena de ira; no me sentía así. Cerré los ojos y cuando volví a mirarme, se había ido, y solo quedaba mi expresión confundida.

Me sentía mareada y tenía mucho sueño, así que me fui a dormir. O al menos eso creí. En aquel momento no supe cómo, pero desperté al otro día con los nudillos doloridos, hinchados, manchados de sangre y con algunos cortes en las palmas de las manos.

Parecía como que tuve una pelea contra el espejo y perdí. Cuando salí de la recámara vi el espejo roto, partes en el lavabo, partes en el suelo.

Tenía que apurarme —se me había pasado la alarma— quería llegar a tiempo a la misa. No quería que la familia me mirara con esos ojos de recriminación, como si el llegar tarde significara que no lo extrañaba.

Me metí a bañar y, mientras limpiaba mis lastimadas manos, me pregunté cómo había llegado a eso.

Recordaba la mañana en que salimos a pasear con Motas —nuestro perro ya caminaba muy poco, tenía quince años y se le notaba cansado—, se echó en el suelo y no quiso levantarse más. Lo adoptamos de cachorro a los pocos meses de casados, así que llevábamos toda una vida

juntos. Llevaba un tiempo enfermo y el veterinario nos había explicado antes que ese momento llegaría. Dos inyecciones y acabaría.

Fue difícil despedirnos de nuestro Motas, pero, aunque suene trillado, nos teníamos el uno al otro. No imaginaba que pronto solo quedaría yo. Al principio, cuando él enfermó, aún nos teníamos el uno al otro. Pero luego, solo fui yo. Él tenía algunos momentos de lucidez y en esos momentos volvíamos a tener una probadita de la complicidad y de la felicidad que nos llenaba cuando estábamos juntos. Y ahora se cumplía un año de su adiós, la gente me había dicho cosas como que el primero es el más difícil. Que todavía podía rehacer mi vida —lo que fuera que eso significara—. Quién sabe.

En el camino a la iglesia, me tuvieron que tocar el claxon en un semáforo. Se me aparecía una y otra vez la imagen de su cuerpo dando su último respiro. Estaba en casa, ahí pasó sus últimos días.

Me estacioné y me di cuenta de que estaba llorando, me miré en la visera para limpiarme los ojos. De pronto la presión se sentía como si alguien me tuviera agarrada de la nuca y forzara mis movimientos.

Empujada, entré en la iglesia. «Tú». ¿De quién es esa voz?

De repente estaba en la calle con mi ex cuñada reclamando a gritos: «¡Pero qué te pasa! ¿Esto es una burla para ti? Tú tienes la culpa de que mi hermano ya no esté, tú lo convenciste de salir del hospital. ¡Lárgate ya!». Resulta que tuve un ataque de risa en plena misa y alguien había tenido que acompañarme a salir. Intenté explicar que no había sido yo, pero sonó más absurdo en voz alta que en mi cabeza, así que me corrió de nuevo y se dio la vuelta.

De nuevo en el departamento.

«Tú». ¡Ese cosquilleo me tenía harta!

Entré en la recámara y me puse a mirar el álbum de fotos de nuestra boda. Mi rostro estaba rayado en una, otra, todas las fotos. «¿Quién hizo esto?» pregunté a la nada.

«Cobarde». Un golpe.

«¡Quería que murieras!», grité como si te gritara a ti, aunque sabía que no estabas aquí. Deseaba que él muriera. No solo de forma altruista para que acabara su sufrimiento, no, lo deseaba porque ya estaba cansada. Ya no quería seguir.

«Cobarde». Otro golpe. La cabeza me punzaba.

Sí, quería que murieras. Pero no te maté. Así de cobarde soy, no fui capaz de terminar con tu agonía ni de liberarme de esa prisión.

Un golpe más. Ese me aturdió tanto que me caí.

Y aquí estoy ahora. No sé si merezco todo el odio que me he profesado, ya no lo creo. Pero no importa, no sé si podré levantarme o si alguien se dará cuenta de que estoy aquí —no tendrían porqué, cuando te moriste dejé de salir con nuestros amigos y hasta me volví cortante con los vecinos—. Pero ahora puedo verte, eso me alegra.

DENISSE PERALTA: Para ella las historias, al ser leídas, se convierten en un puente entre el mundo interior del lector y el del autor. Ese puente es un medio para experimentar una verdad más amplia de la que nos atrevemos a acceder sin la ficción.

ESPEJO

RH MORENO

N^{oche 1}

Hoy no fue un buen día.

Mientras dormía, otra vez me despertó un ruido. Era la tercera vez desde el funeral, pero esta ocasión se sentía diferente. Me levanté. Aún medio dormido, sentado en la cama, miraba que el reloj a la derecha, sobre una mesita, marcaba las 2:30 a.m. Cuando recién nos mudamos aquí, el departamento me parecía muy pequeño, pero ahora percibo una sensación de vacío tan abrumadora que pareciera que el pequeño soy yo. Vuelvo a escuchar ese ruido. Las primeras veces que lo escuché, se asemejaba a pequeños golpes sobre un cristal que parecían provenir de mi baño. Mi primer pensamiento fue echarles la culpa a mis vecinos de al lado, pero, al intentar confrontarlos, el casero me dijo que el departamento del costado estaba vacío y llevaba así mucho tiempo.

Volví a escuchar esos golpes y me extrañé, regularmente los ruidos terminaban cuando me despertaba. Dejé mi mente en blanco un momento y agudicé mi oído. Fue cuando los escuché: murmullos. Mi primer pensamiento es que se habían metido a robar, me paré de la cama, prendí la luz y tomé el palo de escoba que tengo bajo mi cama —una vieja costumbre que me aprendí a las malas—. Salí de la habitación y me golpeó una corriente de aire frío que me hizo estremecer, no recordaba que por las ventanas pudiera entrar tanto aire. Abrace mi cuerpo con mis brazos y, haciendo el mínimo de ruido, seguí los murmullos que me condujeron al baño, otra vez el baño. Armado de valor abrí la puerta y entré agitando el palo para intentar atinarle a algo, pero fallé estrepitosamente. Al encender el foco de luz amarilla observé que la pequeña habitación, cubierta por azulejos de color blanco y verde menta, se encontraba vacía. Corrí la cortina de tela áspera de color grisáceo que divide la habitación y en la tina solo vi una pequeña cucaracha blanquecina que corrió hacia el drenaje.

Miré al espejo que se encontraba incrustado en la pared del baño, desde que llegamos a este departamento siempre me ha parecido inusual el espejo, sobre todo por aquella mancha que

tiene en la esquina superior derecha. Recuerdo que cuando llegamos no estaba ahí y, a ciencia cierta, no sé en qué momento apareció. La primera vez que la vi pensé que era un montón de insectos, me da mucha comezón siempre que la veo. Por más que tallé y tallé no logré sacarla. Es negra, tiene forma circular casi perfecta, y la rodean un puñado de círculos más pequeños también de color negro con los bordes anaranjados; pero no un naranja chillón, más bien era como un naranja quemado, daba la impresión de que la mancha fue creada con fuego.

Frente al espejo me percaté de que ya no se escuchaban aquellos murmullos, al parecer solo estaba yo. Solo yo y mi reflejo. Se notaba el cansancio en mi cara, el estrés me estaba pasando factura, sentía mi rostro más demacrado. Las pocas horas de sueño no ayudaban a mi rostro que había creado bolsas debajo de mis ojos; y desde que empecé a utilizar lentes juro que mi ojo izquierdo se encogió. Con mis dedos recorrí las machas café que el sol había puesto en mis cachetes, miré mi bigote desprolijo y mis tres pelos en el mentón, a los que llamaba “barba”. ¿En qué momento dejó de importarme mi apariencia? Así seguí por varios minutos más, analizando todo lo que estaba mal con mi rostro. ¿Siempre he tenido así de grande la nariz?, ¿desde cuándo mi lunar de la frente tiene esa forma?, no recordaba mi cuello tan ancho, ¿y mis cejas no eran más pobladas? Cuanto más veía, más incómodo me sentía. Mi rostro me parecía extraño, como si estuviera describiendo a otra persona. Y mientras más lo veía, más ajeno me parecía aquel rostro. Ladeaba mi cabeza y no sé si era mi imaginación, pero los movimientos del rostro en el espejo eran lentos, pareciera que esperaba a que yo me moviera para copiarme, sus ojos parecían temblar, ¿acaso yo también estoy parpadeando? De reojo miraba la mancha; acaso está... ¿vibrando? Mis manos sudaban y una picazón recorría mi cuerpo.

El reflejo volvió a llamar mi atención, cada vez me parecía más y más ajeno. Sus labios comenzaron a moverse, estaban formando una sonrisa, siempre he pensado que ese gesto o es muy bonito o perturbador, dependiendo de quien venga. Comencé a sentir el sudor frío que caía de mi frente y recorría toda mi cara. Mi cuerpo se sentía tan débil, no podía creer lo que estaba viendo. Recordé a mi tía abuela Aurora, le daban miedo los espejos. Pasó por mi mente golpear el espejo con el palo que aún tenía, pero negué con la cabeza y abrí la llave del lavabo para echarme agua en la cara. Debe ser el cansancio, me dije para tranquilizarme y regresé a mi habitación. Esa noche soñé con mi tía abuela Aurora.

Noche 2

Hoy otra vez no fue un buen día.

Nuevamente aquel ruido me despertó. Era el mismo de ayer. Adormilado miraba al reloj, esta vez 2:35 a.m. Salí de mi habitación y una vez más había murmullos, pero hoy cambié de estrategia y revisé las demás habitaciones antes; tal vez todo este tiempo he confundido de dónde vienen los ruidos. Recorrí las habitaciones y cada una parecía más vacía que la anterior.

Llegué al baño y se me heló la sangre, los murmullos eran muy claros, alguien estaba hablando dentro del baño. Pensé en regresar por mi palo, pero ya no había tiempo, a la cuenta de tres entré a la habitación. Sentí cómo mis calcetines se humedecían y mis pies se ponían fríos, prendí la luz y miré un charco de agua en casi todo el piso del baño. No se escucha que la regadera estuviese abierta, así que comprobé que las llaves del lavadero estuvieran cerradas y no hubiera una fuga en las tuberías. Igual que ayer, los murmullos cesaban cuando entraba al baño, comencé a dudar de mi salud mental, pero la habitación no era tan grande para que alguien se escondiera. Una vez más me encontraba solo, solo con mi reflejo.

La experiencia de ayer aún me da escalofríos, incluso esta mañana evité ver el espejo, pero tenía que convencerme de que solo fue producto de mi imaginación. Así que tomé valor, me apoyé en el lavabo, alcé la mirada hacia el espejo y vi. Ahí estaba mi reflejo. Suspiré profundamente aliviado, pero el sentimiento me duró poco, algo no estaba bien. Mi reflejo, lo miré detenidamente unos segundos y parecía que estaba sonriendo, nuevamente hacia ese gesto. A diferencia de la noche anterior, la sonrisa que proyectaba mi reflejo era inhumana, claramente eso que estaba en el espejo no era yo. Me tallé los ojos una y otra vez, pero esa sonrisa seguía acompañada de unos ojos vacíos. Mi cuerpo temblaba, sentía náuseas y un cosquilleo recorría todo mi cuerpo. Rascaba mis brazos, mis piernas, pero la sensación no se iba; al contrario, comenzó a acumularse en mi cara. No entendía qué estaba pasando, solo podía rascar y rascar y rascar para detener el hormigueo debajo de mi piel. Mientras tanto, mi reflejo parecía disfrutar mi sufrimiento.

—¿Por qué sonríes? ¡No tienes que estar sonriendo! —Claramente eso que estaba en el espejo no era yo. La orina recorría mis piernas, inmóvil veía cómo este ser en el espejo llevaba las manos a su cara y se empezaba a desgarrar la piel. Cuanta más piel se arrancaba, la comezón que sentía en la cara se volvía más insoportable. Por más que gritaba que parase él seguía con una sonrisa, mientras dejaba su rostro en carne viva —¡No! ¡No! ¿Qué estás haciendo? —El reflejo golpeaba su cabeza contra el espejo una y otra y otra vez hasta que ¡craaashh!, rompió el

espejo. Me sentía débil y mi visión se transformaba en una gran mancha roja que se iba oscureciendo.

Mañana 3

Hoy será un gran día.

Desperté en mi cama, me estiré cual gato. Alegrado de que todo había sido un sueño, un terrible sueño. Miré a mi derecha y no estaba el reloj, volteé a la izquierda y ahí estaba. Espera... ¿6:30? Voy a llegar tarde al trabajo. Salí corriendo al baño para ducharme. Al entrar vi muerta la cucaracha albina del otro día, boca abajo; no tenía tiempo para darle importancia, así que solo la pateé al caño. Abrí el agua caliente, esperé unos segundos, pero no salía. Seguí esperando y nada. Desesperado, me duché con agua fría. Al salir fui a lavarme los dientes y noté que mi cepillo estaba del lado contrario a donde lo pongo, me pareció algo raro.

Miré el espejo con miedo, recordando lo que había pasado en mi sueño, pero no estaba, mi reflejo no estaba. En medio del espejo, donde debería estar mi reflejo, se encontraba esta mancha; ahora estaba enorme, ocupaba todo el centro del espejo y se movía, los círculos pequeños giraban a su alrededor. Mis piernas temblorosas impedían que me fuera de la habitación. —¿Sigo soñando? —Tallé mis ojos, pero mi reflejo seguía sin aparecer. Esa maldita picazón aparecía nuevamente, pero no le podía prestar atención. Escuché un fuerte estruendo a lo lejos, algo se había roto como un cristal, quizás una venta, alguien se metió o fue el espejo. Inmediatamente sentí un gran dolor en mi cabeza, el cuerpo me pesaba mucho, caí sobre mis piernas y en mi cabeza sentía agua corriendo. Lentamente mi visión se iba achicando hasta que quedó todo en negro.

Vi a mi tía abuela Aurora.

¿Mañana 6?

Buenas tardes, Oficiales, síganme, es el cuarto piso. Verá, ya van varios vecinos que se quejan de un olor fétido que viene de adentro del departamento 415 y por más que toco a la puerta nadie me abre. Hablando con los inquilinos me han comentado que no han visto salir a nadie del departamento en días y temo por el chico. Hace unas semanas perdió un familiar.

—Llevo un par de días sin poder dormir, doctora.

—¿Tiene pesadillas, Oficial? ¿Están relacionadas con el accidente de su esposa?

—No, no tengo pesadillas. Tiene que ver con el último caso que he estado investigado: encontramos a un chico dentro de su baño, fue una escena muy impactante, al parecer se había arrancado la piel de su cara y luego habría estrellado su cabeza contra un espejo en repetidas ocasiones. Llegamos porque los vecinos se quejaban de un olor extraño, nadie lo había reportado, al parecer el chico no tenía familia.

—Sí, lo vi en las noticias. Pobre hombre, pero te entiendo, ver una escena así de sangrienta puede causar insomnio. Es normal el trauma, aunque muchos policías lo quieran negar o hacerse los rudos.

—No es insomnio, es algo más raro. Son unos ruidos los que me despiertan. Al principio eran solo golpes, como si alguien golpeará con los dedos en un cristal, pero ayer parecía que eran murmullos. No distinguía qué decían, pero estoy seguro de que eran murmullos.

—¿Murmullos?

—Sé lo que está pensado, y no. No me tomaré vacaciones. La casa se siente muy vacía desde el accidente.

—Me preocupa su salud mental y no es bueno que vaya por las calles con un arma si no ha dormido bien.

—Si lo entiendo.

—Además, ¿qué es eso que tienes en las manos?

—¿Esto? —apunta a sus manos con rasguños—: últimamente he tenido mucha comezón.

—¿Comezón?

—Sí, comezón. Recién encontré una pequeña mancha en el espejo de mi habitación, la verdad no recuerdo si siempre estuvo ahí y recién me entero, o si apareció.

—¿Cómo es la mancha?

—Es un gran círculo de color negro con pequeños círculos negros a su alrededor. Siempre que recuerdo la mancha me da mucha comezón.

RH MORENO: Licenciado en Criminología. Desde muy temprana edad soy apasionado por los casos de crímenes reales, los hechos paranormales y el terror en todas sus variables. Incursioné en la escritura el año pasado para poder compartir con la sociedad las ideas que viven en mi cabeza y he tenido la fortuna de haberlo hecho en otras ocasiones con tres cuentos de terror.

NO PUEDO Y NO DEBO DORMIR

RUBÉN ROSARIO VICARRO

En cierta época del año suelo ver a Emilio pasear por los pasillos de la facultad. Lleva encima una pequeña colonia de hormigas, aunque decir pequeña es minimizar la cantidad que en realidad tiene. Son suficientes para dejarle el cuerpo teñido de rojo por las mordidas que le clavan en la piel. Las hormigas ya han trazado su ruta: una línea de puntos que les indican por dónde pasar y qué morder.

Hoy lo encontré en la biblioteca, solo, sentado en un sillón verde, con una torre de libros que le llegaba hasta la frente. Él suele pasar la mayor parte de su tiempo así, pero aún más cuando lleva encima a las hormigas. Es entendible que uno se sienta incómodo, con escalofríos que pican casi como las hormigas pues si uno se acerca demasiado pueden saltarle encima. Me acerqué. Es delgado, pero no del tipo esquelético; cuando lleva puesta alguna playera demasiado ajustada se alcanza a ver un pequeño bulto en su estómago.

—Hola. Emilio, ¿verdad?

No respondió. Solo alzó la mirada del libro que tenía en las manos. Tenía los ojos comidos por el desvelo. Asintió y regresó a su lectura.

—¿Por qué traes a las hormigas encima? —pregunté titubeando, arrastrando las palabras. Sabía que me entrometía en asuntos que no eran de mi incumbencia.

—No puedo dormir —musitó—, no debo dormir. Tengo que seguir estudiando.

—¿No te duele que te pasen encima?

—Un poco, pero ya me acostumbré. Tengo un trato con ellas: las dejó vivir una temporada encima de mí y a cambio me ayudan a mantenerme despierto.

—Hay mejores formas de estudiar sin desvelarse tanto —le propuse—. Es más fácil cuando tienes alguien que te acompañe. —Su mirada se relajó, brillaba con el consuelo de que quizás volvería a dormir. Aun así, seguía pareciendo un espectro sacado de alguna casa de sustos de una feria barata. La expresión de su rostro se desbarataba por momentos; movía las piernas y los hombros, incluso se rascaba la piel. Las hormigas habían apretado el paso: las hileras corrían tan rápido que ya no parecían líneas de puntos, sino simples trazos torpes y sin

sentido. Algunos grupos salían de las hileras y se aglomeraban hasta parecer tumores vivos; lo mordían con más fuerza.

—Puedo ayudarte a estudiar, ya llevé esa materia. Podemos estudiar después de la universidad.

Emilio se antepone al dolor; me sonreía con la boca torcida, casi llorando por la posibilidad de involucrarse en las sábanas de su cama. No tendría que volver a recurrir a sus inquilinos. Aceptó sin dudar. Por un momento olvidó su condición e intentó lanzarse sobre mí, rodearme con los brazos, pero se detuvo: recordó que no podía tener ese tipo de contacto. Me extendió la mano, solo para volver a detenerse. Volvimos a encontrarnos por la tarde, cuando el cielo comenzaba a pintarse de naranja y la noche ya estaba próxima a llegar. Emilio iba rumbo a su última clase. No había rastro de las hormigas; lo único que quedaba de ellas eran las miles de ronchas por sus mordeduras. Su piel tenía el aspecto de una zona montañosa, donde los cerros se enciman unos sobre otros.

—Debieron escucharnos hablar —me dijo con la voz enternecida—. Me imagino que se lo tomaron bien.

A mí aún me faltaban dos clases, pero eso no parecía quitarle el sueño a Emilio. Decidió que tendría una siesta antes de que nos fuéramos, una pequeña muestra de lo que le esperaba en los días siguientes. Esperé a Emilio alrededor de media hora junto a la entrada de la facultad. Seguramente su siesta había sido más profunda de lo que esperaba. Busqué en los lugares más cómodos para dormir: la biblioteca; las hamacas frente a la cafetería; incluso en el estanque que se encuentra dentro de la facultad, tiene un pasto verde y abundante, perfecto para tirarse a dormir. No estaba en ninguna parte. Solo me quedaba inspeccionar los salones; quizás, vencido por el cansancio, el único lugar al que había alcanzado a llegar era un salón.

Escuché gritos en la entrada de la facultad. Los pasos comenzaron a sonar, todos se dirigían hacia el lugar del sufrimiento, se aglomeraban. Traté de abrirme paso entre ellos: pedía permiso, empujaba, hasta llegar al centro. El estómago se me revolvió y una comezón me recorría el cuerpo, de los pies hasta la nuca. Frente a mí, Emilio se revolcaba en el suelo, retorciéndose mientras las hormigas entraban y salían por cada orificio de su cuerpo: mordían no solo su piel, sino también sus ojos, su lengua, y yo imaginaba que hacían lo mismo con sus entrañas.

RUBÉN ROSARIO VICARRO: escritora trans originaria de Puebla. Ha participado en varios proyectos como en Editorial *Letraria*; previamente publicó en *Revista MUSA Literaria*; y en el Club de escritura *Fuentetaja* y en Substack como @chayotrava.

EL EVENTO INESPERADO

LUIS ÁNGEL SÁENZ PÉREZ

La llamada llegó en el preciso instante de entrar a su oficina. La voz del director general de la compañía, don Pedro Juárez, sonó distante, mecánica, y sin darle tiempo a reaccionar le dijo: “Santiago, nuestra junta anual se realizará en diez días. Serás el encargado del mensaje de bienvenida.” Un silencio helado se extendió por la línea y en su oído algo hizo clic: no era una orden, era una sentencia.

Santiago Gómez, de 45 años, era carismático, aunque en ocasiones un tanto retraído. Tenía esa clase de presencia que llenaba todo con una calma sutil. Quienes lo conocían de cerca sabían que, cuando tenía que hablar en público, un tic lo delataba: parpadeaba con rapidez, como si una alarma secreta se encendiera dentro de él. Años atrás había perdido el conocimiento al enfrentarse a una situación semejante, y desde entonces, la sola idea de presentarse ante un auditorio le estremecía el cuerpo entero.

Al colgar, Santiago miró el sobre donde guardaba discursos antiguos. Revisó algunos. Las palabras eran pulcras. Y las mismas que había ensayado en su casa alguna vez, frente al espejo de cuerpo entero que había comprado en aquel bazar. Al llegar a su casa, se pasó la tarde marcando pausas, subrayando intentos que le parecían sinceros. Su esposa lo miró desde la cocina con paciencia. “Lo harás bien”, le dijo. La frase fue alivio y recordatorio al mismo tiempo.

Al principio hubo momentos que lo llenaron de orgullo. En la oficina alguien le dijo “todo saldrá bien” con una sonrisa y eso le hizo sonreír a él también. Leyó el borrador en su carro, en la sala de espera del dentista, en la fila del supermercado, buscando que la frase quedara en su boca como algo propio. Pero cada vez que imaginaba la sala de juntas llena y las miradas de desconocidos repasándolo de arriba a abajo, el estómago se le apretaba.

El tic ganó fuerza. Cuando practicaba frente al espejo, el parpadeo le desfiguraba el rostro. Contaba en silencio: tres, cuatro, detenerse; y, sin embargo, su cuerpo lo

traicionaba. Evitaba sostener la mirada de sus compañeros porque sentía que, al hacerlo, se rompía algo por dentro. Su mentor le había dicho: “Respira hondo, nadie nota lo que tú haces tan visible en tu cabeza”. Santiago lo intentó, pero el miedo ya le había puesto nombre a cada gesto.

Ensayaba cada noche en la cocina, con la luz apagada, *para concentrarme mejor*, pensaba. Su hijo pasó una tarde a su lado repitiéndole líneas como si fuera un juego. Su esposa corregía una pausa, acomodaba una palabra. Esos pequeños gestos lo sostenían y le daban ánimos para seguir. Aun así, cuando la casa quedaba en silencio, el pecho le dolía como si una mano invisible se lo apretara. No quería decepcionar a nadie; tampoco quería mirarse fallar.

Hubo un momento brillante: escribió una introducción y la leyó en voz alta, maravillado por la claridad de la imagen que creaba. Sintió una seguridad inaudita. Llamó a su madre para leerle dos párrafos; ella le respondió con un “qué bonito” que llenó su garganta de alivio. Esa noche durmió con calma relativa. Al día siguiente, sin embargo, el mismo estómago que había quedado tranquilo se revolvió. Le pareció que las palabras se le escapaban antes de necesitarlas.

Grabó su voz y la escuchó al volver a casa. La reproducción lo sorprendió: sonaba entero, pero también lejano. Fue un choque amable y cruel; se oyó mejorar y fallar al mismo tiempo. Regrabó, borró, volvió a hacerlo. En la mesa de la cocina, su hija de cinco años dejó un dibujo: su papá hablando frente a un auditorio. Lo miró mucho tiempo y volvió a creer en la posibilidad de que su voz fuese aquello que resonaría en la ceremonia.

Las cosas pequeñas se complicaron: olvidó una llave, llegó tarde a una reunión que normalmente atendería sin pensar, perdió un correo entre tantos. No eran grandes fallas, pero para él significaron señales. Por la noche, al revisar sus notas, vio tachaduras que no reconocía y ello lo inquietó de nuevo. La idea de no asistir apareció como un pensamiento inútil y persistente, algo que no se atrevía a decir en voz alta.

Cuando los mareos y la falta de sueño comenzaron a hacerse cotidianos, tuvo que ir al médico porque no pudo más. El consultorio olía a limpio y eso le hizo sentirse bien. Le tomaron la presión, miraron su lengua, contaron su pulso. “Necesita reposo absoluto” dijo el doctor con un tono firme. Le recetó pastillas para dormir y ordenó que evitara cualquier situación estresante. Santiago salió con la receta en el bolsillo y una rabia agri dulce. La prohibición no lo tranquilizó: lo dejó más solo frente al miedo.

La persistencia de los síntomas lo obligó a regresar al consultorio. Ahora le habló con más calma y pronunció un término que Santiago nunca había escuchado: glosofobia. Lo repitió en su cabeza como quien recibe un diagnóstico que al mismo tiempo nombra y encierra. “Es el miedo intenso, irracional y persistente a hablar en público” dijo el doctor. Tener un nombre lo hizo sentir observado por un lente clínico y, a la vez, menos culpable. El alivio duró poco. Luego regresó la vergüenza porque la palabra parecía quitarle algo íntimo, una parte que él había querido salvar con esfuerzo.

Decidió descansar, pero la inquietud no le permitió quedarse tranquilo. Ensayó una última vez con su familia, escuchó las correcciones afectuosas, trató de convertir la presentación en un acto de gratitud. Luego, al volverse, en la cocina, la habitación dio vueltas. Sintió una presión tan grande en la cabeza que tuvo que sentarse; después, la oscuridad. En la sala de emergencias, con tubos y luces, se le fue el mundo.

En el coma, la mente le dio una tregua irónica: soñó la reunión perfecta. Estuvo frente al podio, y su voz sonó clara. Dijo lo que quería decir, agradeció con nombres propios, contó anécdotas pequeñas que arrancaron sonrisas. Don Pedro estuvo allí con una expresión de respeto. Cuando salió del salón, personas lo abrazaron. El éxito no era una abstracción: era una manta que lo cubría.

Veinticuatro horas después, despertó con la garganta reseca y la lengua pesada. Le informaron que había estado en coma el tiempo suficiente para cambiarle el pulso al miedo. Pensó en volver a la empresa, pero una certeza íntima lo detuvo: conocía las reacciones de su jefe y temía perder el empleo.

En la noche el tic volvió más sordo, más acusador, casi como si viniera de algún lugar lejano. Pero sintió alivio al saber que ya no tendría que ir a esa horrible reunión.

Recostado en su cama trataba de descansar y fue entonces cuando escuchó que alguien le llamaba.

Era una voz seca y exacta, llamándolo por su nombre desde una distancia imposible. Santiago se quedó inmóvil. Quiso levantarse, pero sus piernas no le respondieron. La voz repitió su nombre una segunda vez, ahora más cerca, como si avanzara desde lo oscuro de la sala hacia su cuarto. Santiago miró hacia la puerta entreabierta, con un terror que le apagó la respiración. La oscuridad del pasillo no estaba vacía: había una silueta de pie, quieta, esperando.

No distinguió el rostro, solo la forma de un hombre inmóvil bajo el marco de la puerta. Ahora lo entendía todo, aquella sombra representaba su inconsciente, que le

recordaba sus aspectos reprimidos, inaceptables y oscuros de su personalidad, que el ego se negaba a reconocer.

Y entonces el teléfono sonó.

Santiago no se movió. La silueta tampoco. El timbre sonó de nuevo, más fuerte, hasta llenarlo todo. Cuando por fin reunió valor para mirar el buró, vio el aparato encendido, vibrando, mientras en la pantalla aparecía el número de su jefe.

Y un solo mensaje:

“La junta se pospone, te esperamos mañana”.

LUIS ÁNGEL SÁENZ PÉREZ: nacido en Tamaulipas, llegó a Mexicali, B.C. en 1959, donde empezó su carrera en Instituciones Bancarias. Desde hace más de 40 años asesora a quienes se interesen en mejorar sus habilidades de comunicación. En septiembre de 2025 publicó su primer libro: *Cuentos para pasar el rato*.

MARÍA PERALTA

ARLETT FABIOLA SASTRÉ LÓPEZ

María era una anciana de 87 años, una mujer con un temperamento difícil de tolerar. Era tan obstinada que te exasperaba en un instante, pero detrás de ese mal genio María tenía una historia que contar.

María vivió sola con sus cuatro hijos —que ahora ya vivían por su cuenta—, y muy a pesar del ruego de ellos por querer que accediera a irse con alguno, la necia mujer siempre se rehusaba: «No quiero ser una carga para mis hijos», les decía, «me encuentro perfectamente bien, el día que no sea así, les pediré su ayuda». Eso parecía tranquilizarlos temporalmente. Sin embargo, el tiempo no dejaba de pasarle encima. Su salud, a costa del estilo de vida tan duro que llevó durante su juventud, empezaba a cobrarle factura, de modo que, meses antes de su declive sufrió una fuerte caída en el baño al intentar asearse. La menor de sus hijas fue quien la auxilió horas más tarde y la llevó al hospital, no obstante, en tanto se recuperó la anciana exigió que la regresaran a su casa.

—Mamá, ya no estás bien, por favor entiende, ven a vivir conmigo —imploraba la pequeña Susana.

—Ya te dije que sigo siendo perfectamente capaz de ocuparme de mi misma. Ahora ve, que tus hijos te necesitan, el trabajo de una madre nunca se acaba.

Sin más ni menos, Susana no hizo réplicas, tal vez para evitar una discusión. Un par de días después María recibió la visita de otro de sus hijos, el segundo mayor, Jesús, que fue con su hija, Elisa. María, que al momento de su visita se encontraba cocinando, compartió de sus alimentos y los atendió con tanto amor y dulzura. Conversaron y rieron un poco. Elisa le contó a su abuela que se encontraba a escasos meses de terminar el bachillerato y continuar con sus estudios en la universidad, pero en ese momento la mirada de la anciana se tornó triste.

—A mí me hubiese gustado haber preparado más a mis hijos... Los cuatro que tuve apenas terminaron la secundaria.

Se formó un silencio sepulcral en la mesa. Cuando Jesús estaba por retirarse su hija lo detuvo.

—Me quedaré con ella —profirió desbordando confianza y seguridad. Su padre al reconocer su valor no pudo objetar.

Julieta ayudó a su abuela en todos los quehaceres: regar las plantas, fregar los trastes, lavar y tender la ropa, limpiar la casa, atender a los animales. Parecían una infinidad de tareas hasta que llegaba el momento en que no hacían nada, se ponían a descansar en el patio trasero. La anciana en una mecedora y la niña en una silla de madera. Entre el pacífico silencio la joven contemplaba la silueta de la anciana, una mujer de piel morena y arrugada, cabello cenizo y su figura era tan delgada que se notaba cómo la piel colgaba de sus huesos.

—¿Por qué vives sola? —Se atrevió a preguntar después de tanto mirar.

La anciana sonrió como si hubiese estado esperando esa pregunta desde hace tiempo.

—Me gusta aquí, y sé que ni tu padre ni tus tíos querrían vivir aquí.

—¿Pero por qué te gusta aquí?, ¿Qué tiene de especial estar entre el barro y excremento?

—Libertad.

Esa fue la única palabra que María empleó para dar respuesta a la pregunta de Julieta, quien no comprendía del todo a su abuela. Pensaba que quizá ya había perdido la poca cordura que le quedaba, pero lo que ni María ni Julieta sabían es que ese efímero fin de semana habría de repetirse hasta volverse una costumbre. Cada viernes la nieta se quedaba con la abuela y retornaba hacia su hogar el domingo por la mañana. De pronto Julieta entendió por qué a su abuela le gustaba estar más en el campo. El aire era más fresco, más limpio; los colores eran más vivos; los sonidos eran espléndidos, el canto del gallo por la madrugada, los relinchos de los caballos, los mugidos de las vacas y, junto con los coros de grillos por la noche, sonidos tan naturales que te fundías totalmente con ellos. A diferencia del ajetreo de la ciudad, personas y coches yendo y viniendo apresuradamente sin descansar, el humo de las industrias, edificios y casas por doquier, todo aquí era más tranquilo, un hermoso lugar de descanso.

Una vez, mientras descansaban luego de un arduo día de realizar tareas domésticas, la anciana estaba en su mecedora y la niña en la silla. Julieta tomó el valor de hacerle una pregunta que llevaba tiempo merodeando por su cabeza.

—Quiero que me cuentes acerca de tu vida, abuela.

—¿Para qué? —escupió amargamente.

—Quiero tener algo de ti después de que te vayas.

—Te dejaré la casa y todo lo que hay en ella.

—No me interesa la casa, ni todo lo que hay en ella. Deseo saber quién era mi abuela, para poder contarles a los demás.

—¿Y para qué quieres contarles a los demás?

—Para así poder presumir que tuve a la mejor abuela.

La frívola mirada de la anciana se enterneció, sus pequeños ojos se crisparon, y sin entender los motivos de la niña, no se resistió.

María Peralta fue una mujer nacida en el campo en el año de 1939. Proveniente de una familia tan pobre que al concebirla tuvieron que abandonarla, una mujer de edad avanzada la acogió como su hija y la llevó a su hogar. A medida que María iba creciendo le enseñaba todo lo que debía hacerse, limpiar, cocinar, cocer, lavar, planchar. Le mostró todo lo que debía saber hacer una mujer de su posición: ser una criada. A menudo, María se sentía maldecida por Dios, pues decía que Dios no castigaba dos veces, pero que con ella se rompió el molde, pues era una mujer, negra y pobre.

Al cumplir quince años, María fue a trabajar como sirvienta a casa de la familia más adinerada del pueblo, una familia que construyó su fortuna a través de la ganadería. Bajo el techo de esa casa conoció a Jesús, el hombre con el que, tras cumplir dieciocho años, se convirtió en su marido.

Escaparon juntos a la ciudad, llevando una vida bastante humilde. Ambos consiguieron trabajo, él de obrero y ella de cocinera. Tiempo más tarde tuvieron cuatro hijos: Amelia, Jesús, Susana y Carlos. Aunque la vida era difícil, María estaba encantada con sus cuatro pequeñines, le partía el alma tener que dejarlos para irse a trabajar.

Con el paso del tiempo el carácter de su marido se ensombreció; de pronto se gastaba todo el dinero en apuestas y alcohol. Llegó al extremo de vender la ropa y comida de sus hijos, además de robar el dinero que María guardaba para emergencias. También le quitaba sus pocas joyas —esas que en ocasiones podía permitirse y que solían ser de la Virgencita o de alguno que otro santo—. Aunque creyera que Dios la maldecía, nunca dejó de creer en él; incluso cuando todo se ponía difícil, creía fervientemente que Dios tenía algo bueno para ella.

María, desesperada por el mezquino comportamiento de su marido, le reprochó, pero él no iba a permitirle eso, así que la golpeó sin cesar repitiendo que no se atreviera a hablarle así de nuevo. «¡Sin mí volverías a ser una miserable sirvienta, naciste miserable y ese será tu destino! Mas yo te saqué de ese agujero, ¿y así me lo agradeces?». La dejó en el piso sangrando, mientras ella miraba a sus hijos esconderse debajo de la mesa, asustados, llorando. El dolor en

su pobre alma no fueron los golpes, era que sus hijos hubiesen presenciado todo aquello. Pero esta situación habría de repetirse muchas veces más.

Un día, María se imaginó cómo sería la vida de alguna de sus hijas si se casaran con un hombre como su marido, o cómo sería que sus hijos se convirtieran en su padre. Atormentada con esta idea, decidió que eso no era lo que quería para sus hijos, así que se los llevó de la casa y regresó al campo donde había estado la mujer más próxima a ser una figura materna para ella. Sin embargo, María no podría cuidar de sus hijos, pues tenía que volver a la ciudad a ganar dinero para el sustento de ellos.

Lo que María no imaginaba es que, aunque sufriera con la desgracia de su condición de pobreza y marginación, Dios le había otorgado un hermoso regalo, y es que ella tenía gran habilidad en la cocina. No solo aprendía rápidamente, sino que todo lo que preparaba parecía quedarle tan bien que siempre te verías en la necesidad de pedir más y más. Recibió una gran bendición cuando la ascendieron a ser jefa en la cocina de un hotel de cinco estrellas, el más refinado de la zona. Aunque resultaba duro no ver a sus hijos, saber que ellos estarían bien la motivaba a trabajar con todas sus fuerzas, de modo que trabajó doble turno diariamente hasta que un día pudo traer a sus hijos del campo a vivir con ella en la ciudad.

Había pasado casi cinco años sin verlos, la mayor de sus hijos ya tenía los quince años cumplidos, por lo que en su corazón se albergaba el resentimiento de no verlos crecer.

Así que esta era su nueva vida junto a sus hijos. Redujo sus horas de trabajo para pasar más tiempo con ellos, con la esperanza de recuperar el tiempo perdido. Pero su dicha no habría de durar, pues una noche su exmarido irrumpió en su casa con la excusa de que venía por sus hijos, diciendo que se los llevaría a su familia para que tuvieran una vida mejor de la que ella podía darles. Sin embargo, María se rehusó y este habría sido un gravísimo error, su exmarido volvió a golpearla como antes, solo que esta vez cada golpe estaba cargado con una ira descomunal que ardía en lo más profundo de su ser. Aunque el mayor dolor que le causó fue ver cómo arrastraba a sus hijos lejos de ella.

—Después de esa noche, mi vida se volvió gris, no salía de casa, perdí mi empleo, no comía ni bebía nada pues no quería existir en un mundo donde no tuviera a mis hijos. Qué hipócrita de mi parte, ¿no? Apenas los veía, pasaba más tiempo en el trabajo que con ellos y mi egoísmo los privó de una buena vida. Pero, aun con mi estilo de vida decadente, ellos eran la mía y la hubiese dado por ellos, por lo que decidí no rendirme. Pienso que Dios fue quien me guio hasta ellos porque llegué en el momento preciso.

Su segundo hijo mayor había matado a su padre al golpearlo con una barra de metal repetidas veces, María se lanzó en ese momento sobre su hijo y lo abrazó mientras éste se echaba a llorar desconsoladamente. Él gritaba que era un asesino y que merecía la muerte.

Al día siguiente se encontró el cuerpo de Jesús Navarrete tirado en la calle. La noticia se difundió velozmente, no obstante, no se elaboró una indagación pues él solía buscarse problemas en las cantinas peleando con otros hombres a los que disfrutaba insultar y humillar, les debía dinero a personas muy peligrosas, mismo dinero que perdía en el juego y la bebida. Así que se dio por hecho que alguien finalmente se las cobró.

María se llevó a tres de sus hijos de regreso a la ciudad, puesto que la menor había sido confiada por su difunto marido a su madre, quien, desde luego, se negó a devolverla a María.

Tras regresar a su hogar, esta insufrible mujer se topó con la desgracia de que su hijo mayor se había convertido en una réplica de su padre. Abandonó los estudios, gastaba el dinero en alcohol y drogas —no trabajaba pero sí gastaba— y cuando María lo reprendía, este la azotaba con un cinturón, le rompía sus propias cosas frente a ella e incluso a veces le prendía fuego fuera de la casa. Un día, la mayor de sus hijas lo echó a los policías luego de haber dejado a su madre malherida, pero María la reprendió por esto.

—¡Te estaba matando! ¡¿Acaso querías que me quedara viendo sin hacer nada?!

—¡Él no tiene la culpa de ser así! ¡Con un padre como el que tuvo no podría serlo!

—Entonces sigue criando a tu esposo, yo no me quedaré para verlo.

Ese día, María perdió a un segundo hijo, Amelia se fue de la casa y nunca volvió. La mujer se echó a llorar por las tantas desgracias de su vida, sin sus dos hijas, uno en la cárcel moribundo y el más chico como espectador de tanto dolor y sufrimiento.

El tiempo transcurrió y la vida de María también. Cada año envejecía mientras sus hijos crecían, hacían su propia vida y encontraban sus caminos, para bien o para mal. Así que ella estaba viviendo, en la ahora gran ciudad, completamente sola, como si ya no tuviera un propósito en la vida. Sintió que trabajar exhaustivas horas ya no era necesario, pues sus hijos ya se sostenían solos. Creyó que la mejor opción era regresar a sus orígenes, a ese pequeño pueblito del que provenía, pero ahora ese pueblito ya no era tan pequeño como recordaba. Las calles de terracería ahora estaban pavimentadas, ya había llegado la luz eléctrica y las casas de madera fueron sustituidas por casas de bloques de cemento.

Estando en ese lugar, tuvo que presenciar la muerte de la que habría sido su madre. Ella pensó que tan solo regresó para verla morir. No obstante, aun en los días más oscuros de nuestra existencia, llega un poco de luz a nosotros. Al poco tiempo de haber iniciado su duelo,

pudo reunirse con sus hijos, que ahora ya tenían hijos. Aquella casa nunca había tenido tanto ruido como en esa ocasión.

De pronto, se formó la costumbre de que toda la familia se reuniera los domingos a comer y en las vacaciones de verano solían pasar dos semanas en la casa del campo. Cuando había tiempo, llevaban a su madre al río, a la playa o de viaje a algún otro lugar. Finalmente, la vida de María parecía estar en paz.

Ahora bien, aunque la vida parecía ser buena, los bellos momentos no pueden ser eternos. Poco a poco, la costumbre de los domingos familiares se fue perdiendo: medida que los nietos crecían, se iban y los padres trabajaban para continuar apoyándolos, por lo que todos parecían sumamente ocupados como para visitar a su querida madre como antes.

La mañana del 25 de septiembre del 2024 mi abuela cumplió 85 años y esa misma noche nos dejó, partiendo de este mundo terrenal. Ella falleció de un infarto fulminante. Me consuela saber que se fue sin mucho ruido, tuvo una muerte indolora, supongo que ya lo había dado todo en la guerra de su vida y no quedaba más que irse en paz. Habría sido una condena que sufriera en su último día, por lo que ahora, cada 25 de septiembre celebro el día de su nacimiento, así como el de su muerte. He consagrado ese día para recordar la fragilidad de mi existencia, igual que la delgada línea entre la vida y la muerte.

Ahora bien, aunque mis palabras ya se terminan y no queda nada más que decir, quisiera compartirles mi sentir, puesto que nunca me sentí tan cercana a mi abuela como cuando lo fui en su lecho de muerte. Aunque había formado parte de mi vida, ella invisibilizaba mi ser dentro de su casa la mayor parte del tiempo y cuando se percataba de mi presencia desbordaba un amargo desdén. Pero ese año que pasé a su lado antes de su declive, la invisibilizada fue ella cuando ninguno de sus nietos la visitó, cuando sus hijos se olvidaron de ella.

Yo nunca le guardé rencor por su indiferencia hacia mí, incluso ahora entiendo por qué fue tan dura conmigo. En parte es porque la vida fue dura con ella. No puedes pedirle a alguien amar si no fue amado, tan solo podemos amar desde nuestras heridas, amar como nuestros padres nos amaron, no podemos dar lo que no tenemos. Y ahora digo con certeza que el único arrepentimiento que me llevaré de esta vida —ya que ignoro lo que haya o no después de ésta— es no haber podido pasar más tiempo junto a esa anciana tan llena de sabiduría y de valor que no se rindió ni aún en la muerte. Aquella frívola, distante e indiferente mujer que logró conquistar mi corazón en sus últimos días. Por ello, hoy tomo la valentía de contar esta historia,

su historia, porque así no solo vive en mi corazón, sino en el de todos aquellos que lleguen a conocerla.

EL AMOR ENTRA POR EL ESTÓMAGO

MAR VILLARREAL

Mamá decía que el amor entraba por el estómago. Lo repetía cada vez que cocinaba para la familia, entre sonidos de cazuelas, sartenes chocando y el aceite chisporroteando.

Cuando era muy chiquita, mamá me cargaba y me sentaba en una de las sillas del comedor mientras cocinaba. Mis pies, que aún no alcanzaban el piso, iban de adelante hacia atrás mientras la veía bailar por la cocina, abriendo alacenas y esparciendo polvos y hierbas de colores en la comida. Recuerdo muy bien que un olor riquísimo llenaba toda la casa.

Yo me la pasaba viendo el reloj de la cocina a un lado de la puerta, esperando que la manecilla más corta marcara las siete. A esa hora escuchaba el *brum* del carro de papá, después un *pip pip* y el tintineo de las llaves. Antes de que pudiera abrir, me bajaba de la silla y corría a la puerta.

Al entrar, papá me levantaba en sus brazos y, desde ahí, el mundo parecía mucho más pequeño que yo. Conmigo cargada, le daba un beso a mamá en el cachete y se sentaba, mientras ella terminaba de servir la comida.

—¿Cómo te fue hoy en el trabajo, amor? —preguntaba mamá. Y entonces comenzaban a hablar de cosas aburridas de grandes.

Después de cenar, nos sentábamos en el sillón a ver televisión. A papá le gustaba mucho *El Chavo del Ocho*. Yo me reía con ellos, aunque muchas veces no entendía los chistes. Nunca vi el final de ningún capítulo: siempre me quedaba dormida a la mitad, y al día siguiente despertaba en mi cama.

Cuando estaba cerca de cumplir los siete, igual que el reloj, mamá y yo esperábamos a papá para cenar. La manecilla ya se había pasado del número siete, y el *brum* del carro de papá no había sonado. Mamá ya estaba sentada a la mesa con los platos servidos; miraba el reloj atenta, mordiéndose la uña del pulgar. Cuando llegó al

número nueve, me llevó a acostar. Insistí en esperar a papá despierta, pero me ganó el sueño.

Pasaron tres o cuatro días más. En vez de ver la tele, mamá y yo mirábamos el reloj. Cada tanto, ella se levantaba a calentar la comida, mientras las manecillas seguían avanzando: siete, ocho, nueve... hasta que me volvía a quedar dormida.

Como una lista que se iba tachando sola, mamá y yo hacíamos lo mismo que el día anterior, esperando que esta vez mi papá entrara por la puerta. Me puse triste porque pensé que ya no vendría, pero el *tin tan tin tan* de las cazuelas chocando me hacía ir a la cocina otra vez.

Juntas mirábamos cómo las manecillas del reloj se movían, haciendo *click... clack... click... clack...* mientras recorrían los números uno por uno. Ya eran las nueve de la noche. El sueño me estaba ganando.

Hasta que por fin escuchamos el carro entrar: *brum brum, pip pip* y el tintineo de las llaves. La cara de mamá cambió. Se levantó de la silla; parecía que quería correr hasta la puerta, como yo lo hacía, pero se quedó quieta. Yo hice lo mismo.

Desde nuestro lugar veíamos la puerta abrirse despacito, como si pesara mucho.

—¡Papi! —grité feliz, con mi voz chillona.

Él entró, caminando chistoso. Arrastraba los pies y parecía un poco encorvado, como tratando de no pegarse en la cabeza con algo que solo él veía.

No nos miró...

—¡Javier! ¿Qué chingados te pasa? —gritó mamá.

Nunca la había visto tan enojada y menos diciendo malas palabras.

—¡No puedes desaparecer así! ¿No te importa la niña?

Pero ni así volteó. Se quedó mirando la entrada que daba a la sala. Sus ojos estaban medio cerrados, como cuando un mago te hipnotiza en las películas. Luego se fue al cuarto, todavía caminando chistoso, y mamá lo persiguió, gritándole. Cerraron la puerta y ya no se escuchó nada.

Ahí noté un olor feo que se quedó en el aire, como huele la ropa cuando tiene mucho tiempo guardada.

Caminé de puntitas hasta mi cuarto y me subí a la cama. Desde ahí alcanzaba a escuchar a mamá, que todavía gritaba... hasta que su voz se apagó, como cuando apagas la televisión.

—Princesa, vamos a desayunar —me despertó la voz alegre de papá desde la puerta, junto con el *tin tan* de los sartenes en la cocina.

Ese día era domingo, papá se quedó en casa. Él y mamá parecían normales otra vez. Papá olía a su champú y la casa a los *hotcakes* que hizo mamá para desayunar.

Sobre lo de anoche, mamá dijo que papá estaba cansado. Pero no tardó en desaparecer otra vez.

Para cuando cumplí nueve, el sonido del carro ya no significaba cena caliente, sino platos fríos, gritos y ese olor a ropa guardada, ese olor a viejo que no se quitaba.

Una vez estaba haciendo la tarea en la mesa y, mientras intentaba convertir fracciones, mamá cocinaba. Entre el *tss tss* de las especias y el sonido del aceite hirviendo, el reloj junto a la puerta marcaba apenas las tres de la tarde cuando la puerta se abrió de golpe, anunciando la repentina llegada de papá.

Aunque se veía igual a él, a veces pensaba que nos lo habían cambiado. Imaginaba que, en algún lugar allá afuera, alguien hacía clones de las personas que más querías y los mandaba a sus casas para asustar a sus familias.

Empecé a recoger mis cosas, segura de que mamá gritaría en cualquier momento. Pero esta vez fue él quien levantó la voz primero, reclamando que esas no eran formas de recibir al hombre de la casa, mientras, con movimientos torpes, tiraba cosas de la barra de la cocina.

Volvieron a encerrarse en su cuarto. Ya solo se escuchaban cosas caer al piso e insultos que se ahogaban entre las paredes gruesas.

Poco después, la tía Ximena vino a la casa. La escuché saludar a mamá mientras yo dibujaba en el piso de la sala. El sonido de sus tacones se fue acercando junto con la voz de mamá, que le platicaba algo en voz bajita.

La tía Ximena me preguntó por mi dibujo. Siempre me decía que sería una gran artista cuando creciera. Yo le respondía que no, que yo quería ser astronauta para ir al espacio y ver el planeta Tierra hacerse muy chiquitito.

Mamá y la tía se sentaron, cada una en un extremo del sillón más grande, y comenzaron a platicar. Yo seguí con mi dibujo e intentaba escuchar sin que se dieran cuenta, pero cada tanto volteaban a los lados y bajaban más la voz.

Entre frases sueltas como “los hombres son así” o “son cosas de pareja”, mamá solo escuchaba a la tía con mucha atención y decía que sí con la cabeza.

Cuando la tía Ximena salió de la casa dijo, esta vez un poco más alto, lo suficiente para escucharla desde la sala:

—No puedes dejarla sin papá, Adri.

Luego, el sonido de sus tacones se fue apagando poco a poco.

Después de la visita de la tía, las cosas no mejoraron. Papá seguía desapareciendo, y después volvía más enojado cada vez. Los gritos empezaron a colarse en cualquier momento del día, y la casa dejó de sentirse como antes.

Y ese olor... Cada vez era más fuerte. Ya no solo se quedaba en el aire: se pegaba a la ropa, a las cortinas, a las paredes.

Tenía diez años la primera vez que acompañé a mamá con doña Eulalia.

Doña Juanis, la vecina de al lado, tocó a la puerta una tarde. Yo estaba en la cocina cuando mamá salió a hablar con ella.

—Lo que les está pasando no es normal, hija —decía doña Juanis—: Yo ya he visto esto antes. Deberías ir con doña Eulalia pa' que te eche la mano.

Doña Eulalia era la curandera de la colonia. Entre los niños de la calle se decía que era una bruja que comía niños, y a mí me daba mucho miedo pasar por su casa.

Nos recibió una mujer ya mayor, de aspecto misterioso, que muy amable nos hizo pasar. Mamá y la mujer desaparecieron tras una cortina de tela gruesa que ahogaba sus voces.

Yo me quedé esperando en una salita con sillas, como las de los doctores, pero esta olía a hierbas e incienso, y tenía veladoras y fotos de santos por todos lados. Me recordaba un poco a la casa de mi abuelita Meche; la suya también olía a hierbas y a humo dulce. Cuando mamá me dejaba con ella, abuelita Meche me advertía de tener mucho cuidado de aceptar regalos y comida de extraños.

Entre los murmullos que se colaban desde detrás de la cortina y los llantos de mamá, escuché a doña Eulalia decir que lo tenían “trabajado”, que le habían puesto algo en la comida.

Mamá siempre decía que el amor entraba por el estómago. Y mi abuelita Meche, que la brujería también.

La transición fue tan suave que no supe en qué momento el número de veladoras y de hierbas en la casa aumentó. Para entonces, mis pies ya tocaban el suelo, y el olor a hogar había sido desplazado por el de los menjurjes y sahumerios de mamá. Nunca lo

dijo en voz alta, pero siempre creí que lo hacía para cubrir el hedor que se impregnaba cada vez más en las paredes cuando él regresaba.

Mamá empezó a dormir conmigo en mi cuarto. En ese tiempo creía que lo hacía para protegerme; hoy pienso que también lo hacía para sentirse protegida.

Una noche, dormíamos profundamente cuando el estruendo de la puerta principal, al azotarse, nos despertó de golpe. Mamá se colocó de inmediato frente a mí, como un escudo.

—¡Adriana! ¡María José! —gritaba una voz que ya no podíamos reconocer, mientras mamá temblaba delante de mí. —¡Vengan aquí, hijas de la chingada! —siguió.

La chapa de la puerta empezó a sacudirse con violencia. La querían abrir desde fuera. Mamá le decía que se fuera de la casa, que nos dejara dormir en paz.

Recuerdo vívidamente cómo sentí que el corazón se me subía a la garganta. Cerré los ojos con fuerza, deseando que el mundo fuera de mi cuarto desapareciera.

Pum, pum, pum... sonaba mientras pateaba la puerta, hasta que escuchamos un *crack*: había roto el seguro. Me aferré a mamá, aún con los ojos cerrados. Mientras mi mundo seguía a oscuras, escuché pasos pesados entrar y sentí cómo la apartaban de mí. Después de eso, solo escuché caos y a mamá llorando, rogando que parara, pero no se detuvo. Sentí una mano jalarme del brazo: era mamá, que de alguna manera había logrado soltarse de papá... o del hombre por el que nos lo habían cambiado.

Corrimos juntas, atravesamos la sala y la cocina, hasta salir de la casa. Mamá había tomado las llaves del carro. Nos subimos a toda prisa y encendió el motor; dio marcha atrás y salimos de la cochera. Él apareció detrás de nosotras y corrió tras el auto, pero lo perdimos al cabo de unos minutos.

A través del retrovisor, miré de reojo a mamá. Ella no me miró a mí. Nos quedamos en silencio mientras recorriamos las calles vacías de aquella pequeña ciudad, hasta dejarla atrás.

Nos detuvimos frente a un edificio junto a la carretera. Un gran letrero brillante anunciaba: Motel El Refugio. Mamá entró a la recepción mientras yo esperaba en el carro.

La habitación era pequeña. Tenía dos camas individuales y una televisión antigua que solo tenía dos canales, sobre una cajonera alta. Un olor a drenaje se filtraba por debajo de la puerta del baño. Aunque el aire se sentía pesado, al menos había silencio.

Al día siguiente desperté con dolor de estómago y una sensación rara entre las piernas. Sentí las sábanas mojadas.

—No manches, no manches, no manches... —dije bajito. No quería despertar a mamá.

Me hice pipí, pensé. Me levanté y fui al baño. Cuando me bajé el calzón, vi que estaba manchado.

—Mami... —le susurré.

Ella despertó y me preguntó qué pasaba.

Se lo mostré.

Se quedó en silencio un momento, pensativa y me miró muy seria.

—Ya eres una señorita, mi amor.

Al volver a la casa, papá ya no estaba, tampoco sus cosas. A veces nos llegaban chismes de que lo habían visto en una ciudad vecina, que tenía otra familia. Pero nunca supimos si era verdad.

Mamá empezó a visitar a doña Eulalia cada vez con más frecuencia.

La casa se fue llenando de humo; a veces me ardían los ojos y tenía que respirar despacito para que no me diera tos. Debajo de las camas aparecieron vasos con agua y sal que nadie debía tocar. Todas las tardes, al volver de la escuela, mamá me preguntaba qué había comido. Ya no me dejaba ir a casa de mis amigas. Antes pensaba que solo había perdido a papá. Ahora pienso que también perdí a mi mamá...

Para entonces, mi abuelita Meche ya había pasado a mejor vida, pero sus palabras seguían ahí, como si alguien las repitiera bajito dentro de la casa:

“...la brujería también.”

Ese olor que antes solo podía nombrar como ropa guardada, como algo viejo... lo he vuelto a encontrar en otros lugares. En cosas que se derraman. En cosas que se pudren. Un olor que penetra fuerte y no se va, y que aún no sé cómo llamar. También he pensado mucho en esa noche del motel.

Mamá conducía con las manos temblando sobre el volante y el sonido de cristal chocando en la parte trasera rompía el silencio, como si algo quisiera recordarnos que seguía ahí.

A la mañana siguiente, cuando regresamos a la casa, vi las botellas. Estaban por todas partes, cubriendo el asiento de atrás.

A veces me pregunto si alguna vez entendimos lo que estaba pasando. O si simplemente aprendimos a nombrarlo diferente.

Mamá murió años más tarde. Murió buscando. Yo me fui en cuanto pude.

Otra ciudad. Otra casa. Otra familia.

Aquí la cocina huele a comidas calientes, a cenas familiares.

Hace poco descubrí que estoy embarazada. La tarde que se lo conté, Joaquín llegó del trabajo y, como siempre, dejó las llaves sobre la mesa.

Mientras me servía de cenar, me preguntó si había comido algo afuera.

No supe por qué, pero me quedé quieta un momento.

Después respondí cualquier cosa.

Pero más tarde, mientras lavaba los platos, ese olor volvió por un instante.

Y entonces pensé en mamá.

Y en mi abuelita Meche.

Pensé en que el amor entra por el estómago.

Y la brujería también.

MAR VILLARREAL: explora lo introspectivo en lo cotidiano, donde lo familiar puede volverse incómodo sin necesidad de explicaciones. Sus historias observan emociones y comportamientos humanos que revelan un lado oculto de la realidad. Una escritura que sugiere más de lo que dice y deja que lo no nombrado hable por sí mismo.

UNGÜENTARIO

REIRI VIRUMA

El camión iba casi vacío. Me había acomodado en una de las bancas de en medio cuando al dar la vuelta a la glorieta cercana a mi casa, el frenazo del camión me azotó contra el asiento delantero. Un indigente cruzaba la calle a escasos centímetros del capó. Escuché un crujido sólido; una brisa con olor a herrumbre invadió el autobús. Mientras afuera una multitud comenzaba a rodear el cuerpo reclamando el deceso. No supe cómo, pero bajé del vehículo y corrí el resto del trayecto.

Llegué a la casa y entré a mi habitación. Corrí hacia el baño y vomité hasta quedar sin energías. Necesitaba una ducha urgente para arrancarme ese olor a sangre y metal gastado que parecía haberseme tatuado a la piel. Bajo la regadera, cerré los ojos y empecé a llorar. Las gotas caían rítmicamente contra el piso, resonando al unísono con los latidos desbocados de mi corazón.

Salí temblando. El frío de la habitación me caló los huesos de inmediato. Me senté en el borde de la cama, frotándome los brazos, cuando una ráfaga agrietada cruzó la esquina del cuarto chocando en mi contra. Fue un aleteo seco, rápido, que terminó pegado a mi oído en un susurro: *Biaani...*

Me congelé. En ese instante, unos golpes secos sonaron en la madera de la puerta. —¡Pasa, ma! —alcancé a decir con la voz rota. Nadie respondió. Un frío repentino me recordó que, a esa hora, nadie de mi familia estaba en casa. —¿Mamá? —insistí hacia el silencio del pasillo.

Me asomé al patio trasero. La casa estaba desierta, el aire se sentía espeso. Hui de vuelta a mi habitación. Encendí la radio buscando un ruido que me acompañara, pero solo encontré una estática sorda. Me metí a la cama y me envolví bajo el edredón. Fatigada comencé a bostezar...

Kzzzz... fssss... kzzzz...

La estática de la radio, hipnótica e imperativa, me mantuvo en un ensueño del que difícilmente podía escapar. De pronto, escuché un crujido en el techo de la casa. Agudicé mis oídos y detecté un chasquido seco contra el tejado, el cual iba perdiendo fuerza hasta que lo escuché rodar como si fueran canicas. A lo lejos destacaba el ruido de los cenizos. En ese momento recordé a mamá Tete decir que esas aves cantaban bajo el desquite de la luna; pero esta vez parecía que anunciaban algo. El aire de la habitación se sentía cada vez más gélido; el castaño de mis dientes resonaba dentro de mis oídos, eclipsando el canto de las aves.

Un crujido más cercano me obligó a abrir los ojos. Volteé instintivamente hacia el armario. En la esquina, una silueta que manchaba la penumbra parecía emanar de la pared. Era una presencia suspendida en la nada, dispuesta a demandar algo que le pertenecía.

Intenté huir y fue entonces cuando me di cuenta de que el cuerpo no respondía. Sentía perfectamente las extremidades y el frío que me calaba los huesos; percibía los sonidos del exterior y el olor a humedad de la habitación, pero tenía la boca seca y un marcado sabor a moneda oxidada en la lengua y el paladar. Mis pulmones se negaban a expandirse; sentía que el corazón se iba a detener. Los párpados y el tórax me pesaban como si fueran de cemento.

La sombra se dirigió hacia mí hasta quedar a un costado de la cama. De esa masa umbría emergió una extremidad que sostenía un ungüentario de cristal ahumado. Lo destapó cerca de mi almohada. En ese instante, un hilo cónico, denso como algodón de azúcar, comenzó a drenarse desde mi sien hacia el frasco, del cual emanaba un olor a piedras de afilar. Vi imágenes etéreas a manera de carrusel, llevándose consigo recuerdos de esa misma tarde: el frenazo del autobús, el crujido seco, el olor a carne cruda, la multitud gritando...

Sentí la nariz sangrar; la tibia sensación ferrosa despertó mis papilas, comencé a salivar. El hilo se volvía más espeso a medida que el intruso saciaba su sed, logré mover los dedos de los pies. Y después de tanta espera, liberé un quejido ahogado: — ¡Mmmgh...!

Tosí bruscamente al sentir que me ahogaba con la saliva. Con la manga me retiré el cerumen que emanaba de mi oído y me incorporé de golpe. En la habitación ya no había nada.

Apagué la radio, que solo transmitía estática, y me quedé en silencio. Me invadió una profunda desesperanza que se vio interrumpida por un pitido agudo y constante; una potente turbina enclaustrada en mis oídos. Perdí el equilibrio, mis rodillas chocaron contra las losetas. En la nuca sentí un fuerte golpe que sacudió mi conciencia hasta ponerla a invernar.

El sonido de unos tacones acercarse y un jaloneo en mi brazo me hicieron abrir los ojos. Una mano titubeante levantaba mi cabeza. —¿Bianni?, ¿Qué haces aquí?, ¿Qué te pasó? —dijo mi madre con voz entrecortada.

Reuní el valor para contárselo. Al escucharme, su angustia se transformó en furia; me reprendió con dureza, obnubilada por el hecho de que no la hubiera llamado antes.

No tardó en conseguirme citas con una psicóloga y, a partir de entonces, me vi obligada a acudir. Mi vida se fracturó en una rutina monótona de estudios y terapias en las que negaban la existencia del ungüentario y su amo perenne. Mi mundo ya no era el mismo; las pequeñas cosas habían perdido su sabor y ahora, cada vez que escuchaba el trinar de los cenizales, mi cuerpo se ponía instintivamente en guardia, esperando el regreso del silencio.

La certeza de las intrusiones nocturnas y el alivio que en un principio me negué a aceptar, nos llevaron a un juego simbiótico. Dejé de oponer resistencia. Con la única seguridad convaliente de un pronóstico terminal, reuní las fuerzas que ya no recordaba tener. Ya no había pánico en mí, solo una curiosidad enferma que me quemaba el pecho. —¿Qué eres? ¿De dónde vienes? —le pregunté.

No hubo necesidad de hablar; él escuchaba mis pensamientos.

Mientras el hilo cónico de mi última pesadilla terminaba de filtrarse en el cristal ahumado, él detuvo la destilación del ungüentario. El aire de la habitación se congeló. La silueta inclinó la cabeza hacia mi almohada. No había rasgos faciales, solo dos ojos rojos e imponentes que me miraron con una frialdad militar. Ver aquellos ojos de fuego me devolvió un miedo primitivo; el mismo pánico que sentí de niña en el circo, al sostenerle la mirada a un tigre detrás de los gruesos barrotes de su jaula.

El olor a piedra de afilar cambió. En su lugar, la habitación se llenó de una fragancia fresca, amaderada y limpia. El aroma flotaba en el aire antes de que el frasco se abriera. Me congelé, pero esta vez no por la parálisis, sino por el golpe de la memoria: era el jabón nórdico que mi padre, cuando vivía, solía poner en su tocador.

Un pensamiento absurdo y desesperado invadió mi mente, haciéndome dudar de mi olfato: *¿Papá? ¿Eres tú quien regresó a cuidarme?*

La sombra pareció ensancharse, complacida por mi vulnerabilidad. El horror ahora convivía con una extraña gratitud. Al amanecer, mis pulmones volvían a llenarse de aire limpio y las noches se vaciaban de angustia. El Hombre de la Vasija, como decidí llamarlo en secreto, se había convertido en alguien irremplazable: La espera idílica de una visita asidua.

Por recomendación de mi terapeuta inicié un diario onírico. Al aceptar que lo que más anhelaba era el olor a jabón, tomé un taller de dibujo en claroscuro. Plasmé unos bocetos del ungüentario y de aquellos ojos escarlata; había algo en ellos que, más que miedo, me generaba curiosidad.

Hojeando una vieja revista en la biblioteca del estudio de arte, me topé con un reportaje sobre la casa de los confines de Mitla y las entidades divinas que caminan cruzando montes para cumplir tareas fúnebres. En una de las páginas, la fotografía de un anciano tipo sacerdote me congeló las manos. El hombre miraba a la cámara con una fijeza que me heló la sangre; sus ojos, encendidos por el reflejo de una hoguera, compartían la misma intensidad imponente de mi visitante. Solté la revista, espantada, mientras el contenido de mi mochila se desparramaba por el suelo. La imagen del pastor me trajo a la mente al indigente del autobús: era él.

Tomé mi celular y revisé las noticias de aquel día. Dudé por un momento de mi cordura; no había informes forenses que me dieran certeza de lo que realmente ocurrió esa noche. La voz de la recepcionista llamándome me sacó del trance.

Intenté hablar de ello con mi terapeuta. Ella insistió en que debía trabajar el trauma de la muerte de mi padre y el suceso reciente del que fui testigo; me sugirió incluso una visita al médico familiar para valorar el uso de fármacos. Molesta, interrumpí la sesión y salí corriendo.

Decidí que no regresaría. Mi madre había gastado hasta el último centavo de los ahorros para las vacaciones, y la psicóloga solo me hizo sentir más miserable. Regresé a la casa con un pesar extraño, una angustia que se clavaba en mi pecho. Se me salieron unas lágrimas y, sin darme cuenta, ya había entrado a mi habitación.

Algo dentro de mi cabeza punzaba con molestia, pero purgaba más en mi pecho, esa sensación de haber perdido inerme una batalla, sin un digno contraataque. Algo de

verdad tenían las palabras de ella. Él no me eligió al azar, se alimentaba de las grietas de mi mente y corazón.

Esta noche bajo el despiste de la luna, la sombra aguardaba al compás del canto de los cenizales, cuando el castaño de mis dientes anunciaron su llegada, no intenté huir. Permití pasivamente el fraguado de mis traumas al cristal ahumado. No era mi padre, lo supe de inmediato. Era algo que había aprendido a leer mis secretos más sagrados para hacerme bajar la guardia. Me encomendé a mi padre. Porque en esa ocasión, por primera vez en muchas noches, supe que no iba a enfrentarlo sola.

LEYDI RAMÍREZ (REIRI VIRUMA): médica de profesión, comparte una profunda pasión por lo paranormal. Desde niña, motivada por las vivencias de su propio linaje familiar, comparte esos relatos. Actualmente escribe sobre los impactantes eventos que experimentó en su etapa universitaria y laboral, dándoles voz a través de la literatura.



"LOS 7 SALTOS (DÍA)": BERNABÉ GUERRERO (AKA TORNAKU)



"LOS 7 SALTOS (NOCHE)": BERNABÉ GUERRERO (AKA TORNAKU)

BERNABÉ GUERRERO (TORNAKU): escritor e ilustrador mexicano de narrativa fantástica. Busca construir una fantasía con sabor mexicano, combinando aventura y personajes memorables para despertar la imaginación del lector. Actualmente trabaja en diversos proyectos de cuento y novela desarrollando esta propuesta literaria.

MICROCUENTO

MICROCuentos

AVIHZMO

LA MUJER QUE COME SIN HAMBRE

¿Acaso no somos todos obligados a bailar el pendejo baile de Dios? ¿Dios?

Las mujeres que comen sin hambre están destinadas al sufrimiento, siempre vistas desde arriba. Las hormigas del universo, siempre aplastadas, muertas, asesinadas. Mariposas desnudas a las que matan los aplausos. Pararse aquí a hablar de un abuso no me hace más valiente; me hace llorar menos, matarme menos.

¿Cuántas veces he pensado en irme al cielo a pintar estrellas?

O tal vez al infierno a recitar poesía.

Pero es cierto: esta mujer de anchas caderas y rebuscados senos tiene un corazón de fuego, un corazón de manzana espinada. Pero es cierto. Las putas aquí lloran para no matarse, siempre ahuyentadas de todas partes, cual perro callejero, siempre convertidas en menjurje de hombres sin cabeza, hombres que andan por el mundo sin cabeza.

Si yo soy la loca y la puta, con un beso a sus oídos, déjenme tan solo decirles:

Yo no pedí conocer el hambre de los hombres insaciables. Hoy, yendo sin rumbo, me digo: esta vida no es más que una mierda disfrazada de vida. Aquí mero, en la flor de mi pecho, emerge un recital de poesía muerta, poesía que una puta no puede mentir. Las mujeres tristes comen sin hambre; ese es el destino. Siempre ahuyentadas de todos lados, sin oídos que las escuchen.

¿Acaso hay personas que no sean dignas de un respiro?

Reía como las lloraba y, en cada ver el mundo, sentía náuseas. Es ese asco de ser seres queridamente humanos.

MICROCUEENTOS

JONATHAN ROMÁN GARCÍA ESPINOZA

HOMBRE ENGAÑADO

Mi corazón latía con fuerza por algo prohibido, pero no quería que lo hiciera. Mi mente me engañaba y me mostraba aquello que estaba mal.

Mi ser me arrastraba a la perdición y la desesperación eterna.

El miedo inundaba mi cuerpo por cada sensación, por cada roce y por cada pensamiento. Un pellizco hacía que todo regresara a la normalidad, la piel rojiza y lastimada era lo menos importante, el cuerpo es polvo y tierra, el alma es lo importante, no hay que dejar que esta se descarrile.

Se decía así mismo para no cometer error alguno.

Sus pensamientos eran privados, pero no para todos. Sus acciones eran ocultas, pero no para todos.

Sus emociones estaban enterradas, pero no para todos.

Pues lo que su madre alguna vez le dijo resonaba en su cabeza: “Él lo ve todo”, se asustó ante sus palabras, pues entonces ya nada era un secreto.

Vivió bajo la mirada juzgadora del bien.

Vivió escondido en la luz que se sentía como las sombras. Asfixiado de plegarias y ahogado de sus lágrimas.

Pues ese pecado no se separaba de su piel.

Los colores decoraban su piel, pero él no quería que ellos lo hicieran, pues su alma se quemaba por cada uno de ellos.

Descansa en paz oh hombre que viviste engañado, rodeado de dolor, un dolor que nunca debiste haber pasado.

Pues tu ser, vida y alma ya estaban decorados, por la homosexualidad de la que has luchado, no había nada de lo que deshacerse, pero tú, hombre engañado, pensaste como si de un pecado se tratase.

JAULAS

Tengo la llave.

En mi mano está la llave de mi jaula.

Aunque se siente extraña, como si me la imaginara, algo nebuloso casi irreal.

Me acerqué a la cerradura, quería abrirla, siempre había sido mi sueño salir, el de todos aquí.

El tan solo pensar en volar por el cielo azul del que los búhos tanto nos hablaban era una fantasía, y ahora estaba ahí, al borde de conseguirlo.

Pronto sería libre, tanto trabajo me había dado esa llave, la llave que tanto se anhela, pronto escaparía y volaría, no habría más semillas ni gusanos, ahora solo sería volar y no dejaría de hacerlo.

Acerqué la llave a la cerradura, que tardé en meter, pues el temblar de mis manos por la emoción y el miedo impedían mi cometido.

La puerta se abrió, dando paso a un nuevo mundo, a aquello que creía imposible, lo que siempre quise, y después, salté.

Extendí mis alas y volé, el viento golpeaba mi cara, con libertad y alivio. Dejé que mis alas me guiaran a la libertad, a aquello infinito por lo que mi corazón palpitaba, mi deseo.

Pero otro gran barrote de metal me hizo volver.

Cayendo en picada al suelo con mi esperanza destrozada.

Otra gran jaula me encerraba, y detrás de esa otra, una nueva, luego más grande, más pesada, más fuerte y después un rastro leve de aquel azul que me alentaba.

Solo soy un gorrión, tal vez si me esforzara más, algún día podría lograrlo

LLORONAS

La llorona nunca fue una leyenda, no es un espíritu maligno que se lleva a los niños de otros, si no una mujer que perdió a los suyos.

¿Un accidente?

¿Locura?

¿Asesinato?

¿Un secuestro?

¿Un robo?

O

¿Un crimen?

Cayó en la locura, sufrió por sus pequeños niños y sus almas tan inocentes que ya no estaban a su lado.

Nunca perdió la esperanza, fue vista como loca por no dejarlos ir y seguir buscando, lamentándose de no encontrarlos un día más, llorando por todos lados. Pues no sabía dónde estaba su tumba para hacerlo.

Llorar nunca demostró vulnerabilidad, mostró su fuerza, tenacidad y esperanza por no dejar ir aquello que más amaba.

La llorona sigue vagando, buscando, excavando; pero, sobre todo, llorando. Mojando las tierras sobre las que pasa y arando con sus pies cansados, plantando semillas de desesperación y dolor.

Pues no encuentran a aquellos a los que tanto anhelan recuperar.

Oh, llorona mía, cuánto tiempo seguirás así, pues aún muerta en vida sigues andando por ahí.

Oh, dime, qué harás cuando por fin des con ellos en algún lugar. Acaso los abrazarás nuevamente como la última vez que lo hiciste, dando ese amor de madre que siempre tuviste.

Llorona, otras seguirán aquellos caminos que regaste y araste, seguirán tus pasos buscando a sus hijos, porque ellas también necesitan despedirse y dar ese amor de madre que tú también diste.



"GALA DE RAPIÑA". STEPHANIE CASTAÑEDA

STEPHANIE CASTAÑEDA: Ilustradora y licenciada en Criminología. Su obra explora la melancolía, el horror y la crítica social influenciada por la literatura y el interés por la condición humana, creando imágenes de atmósferas inquietantes.

revista

musa

literaria